

CUADRO DE HONOR

I. SOCIOS FUNDADORES DE LA SOCIEDAD MARIOLOGICA ESPAÑOLA:

- Emmo. y Revmo. D. Pedro Segura*, Cardenal Arzobispo de Sevilla.
Excmo. y Revmo. D. Rigoberto Domenech, Arzobispo de Zaragoza.
Excmo. y Revmo. D. Agustín Parrado, Arzobispo de Granada.
Excmo. y Revmo. D. Leopoldo Eijo, Obispo de Madrid-Alcalá.
Excmo. y Revmo. D. Miguel de los SS. Díaz de Gómara, Obispo de Cartagena.
Excmo. y Revmo. D. José Eguino, Obispo de Santander.
Excmo. y Revmo. D. José Cartañá, Obispo de Gerona.
Excmo. y Revmo. P. Fr. Albino G. Menéndez Reigada, Obispo de Tenerife.
Excmo. y Revmo. D. Rafael G. y García de Castro, Obispo de Jaén.
Excmo. Sr. D. Francisco de Alvear, Conde de la Cortina.
Sra. D.^a Mercedes Juncadella.
 Una persona amante de la Virgen (por mediación del R. P. *Manuel Cuervo, O. P.*)
D. Felipe Medina Benjumea y su Sra. D.^a María Muro.

II. BIENHECHORES PERPETUOS DE LA SOCIEDAD MARIOLOGICA ESPAÑOLA.

- Excmo. y Revmo. D. Antonio García*, Arzobispo de Valladolid.
Excmo. y Revmo. D. Santos Moro Briz, Obispo de Avila.
Excmo. y Revmo. D. Fidel García, Obispo de Calahorra.
Excmo. y Revmo. D. Benjamín Arriba, Obispo de Mondoñedo.
Excmo. y Revmo. P. Fr. Francisco Barbado, Obispo de Salamanca.
Excmo. y Revmo. D. José M. Alcaraz y Alenda, Obispo de Badajoz.
Excmo. y Revmo. D. Feliciano Rocha, Obispo de Plasencia.
Revdo. D. Manuel Aguilera. (Zaragoza).
M. R. P. Fr. José Cuervo, O. P. (Salamanca).
M. R. P. Visitador de los PP. Paúles. (Barcelona).
M. R. P. José Palomero, Provincial de los SS. CC. (Claudio Coello, 10).
M. R. P. Provincial de los MM. HH. del Corazón de María. (Bilbao).
Seminario Conciliar de Granada.
M. R. P. Provincial de PP. Capuchinos de Andalucía. (Ronda de Capuchinos, Sevilla).
Revmo. P. Abad-Visitador de la Provincia Española de la Congregación Sublacense. (Monasterio de Monserrat, Barcelona).
M. R. P. Provincial de los Misioneros del C. de María. (Provincia de Cataluña) (Barcelona).
Revmo. P. Antonio M.^a Marcet, Abad de Monserrat. (Barcelona).
M. R. P. Provincial de los Misioneros del Corazón de María. (Provincia Bética, Zafra, Av. del Rosario).

LA CORREDENCION DE MARIA EN LA SAGRADA ESCRITURA

Por el R. P. Ricardo Rábanos, C. M.

Después del saludo y ofrecimiento de la Asamblea al Dr. Místico y de la exposición de su Mariología, viene la Sagrada Escritura a empezar el estudio del tema general de la Asamblea: Cooperación de María con Jesucristo en el misterio de nuestra Redención. Tal honor le es debido, porque ella es, de derecho y de hecho, la primera fuente de donde debe sacarse toda la ciencia sobre la Bienaventurada Virgen María; de derecho, por ser libro inspirado y canónico (1); de hecho, porque sus páginas hablan continuamente de María, como lo reconocen los Padres y Doctores de la Iglesia (2).

Inmenso es, pues, el panorama que la Biblia abre al Mariólogo, tan inmenso que con dificultad, por no decir imposibilidad, podrá abarcarlo; lo sabemos por experiencia. Hemos trabajado con la asiduidad e interés que nos permitía nuestro cargo de Profesor de Sagrada Escritura y, al fin, creemos haber conseguido poco; hemos pasado todas las hojas del texto sagrado, recogiendo sólo algunas flores con que entretrejer la corona de María *Corredentora*. De entre ellas, presentamos:

- I. La Corredención de María en el *Protoevangelio*.
- II. El Apocalipsis, confirmación del *Protoevangelio* en la obra *Corredentora de la Mujer*.
- III. El consentimiento de María a la Redención en la *Anunciación*.
- IV. La profecía de la *Corredención*.
- V. María, junto a la Cruz, es la *Corredentora* del género humano.

(1) "Primus locus est auctoritas sacrae Scripturae quae libris canonicis continetur (Melchor Cano, de loc. theol., I, c. 3)".

CAPITULO PRIMERO

LA CORREDENCION EN EL PROTOEVANGELIO

Con la primera caída y muerte del género humano vino el primer anuncio de su levantamiento y resurrección. Yahvé-Elohim impuso a nuestros primeros padres un precepto que muy pronto fué violado. Eva y Adán, por instigación de la serpiente, comieron la fruta prohibida del árbol de la ciencia del bien y del mal. Esta comida da ocasión a un juicio; el Génesis nos lo presenta así: el cuerpo del delito, el precepto divino traspasado; los reos, la serpiente, Eva y Adán; el juez, el mismo que había impuesto el precepto: Dios; la sentencia, condena y perdón, perdición y salvación.

El juez empieza tomando declaraciones a los reos; quiere oír de éstos la propia acusación y confesión de su pecado. Y Adán, preguntado, confiesa su culpa, pero se excusa en Eva; Eva, a su vez, confiesa la transgresión del precepto, mas excusándose con la serpiente. La serpiente no es interrogada ni se la presenta ocasión de excusarse, pues ella sabe su culpa y Dios reconoce en ella a la verdadera y principal culpable.

Instruída así la causa, se procede a la sentencia: de salvación para los hombres y de condenación para la serpiente; aquélla envuelta en ésta. He aquí el texto:

“Por cuanto has hecho esto,
Maldita serás entre todos los ganados,
Y entre todas las bestias del campo;
Sobre tu vientre caminarás,
Y polvo comerás todos los días de tu vida.
Y pondré enemistad entre tí y la mujer,
Y entre tu descendencia y su descendencia,
Esta te aplastará la cabeza
Y tú la acecharás al carcañal” (3).

De estas palabras deducimos tanto el hecho como el modo de la

Corredención de María, mas antes de entrar de lleno en la comprobación, debemos decir algo sobre la crítica textual e interpretación del texto.

I. LA CRÍTICA TEXTUAL.—La crítica del texto no ofrece dificultad especial. Todas las versiones marchan de acuerdo entre sí y con el texto original hebreo, a excepción del sujeto del primer *sufeka, teresei, coneret* y la significación del segundo, *tesufenu, tereseis, insidiaberis, acecharás*.

En cuanto a lo primero, la Vulgata lee *ipsa*, ella (la mujer), los LXX interpretan *autos, ipse*, él (la descendencia de la mujer bajo una forma concreta e individual) y el texto masorético tiene *Huh, ipsum, ella* (la misma descendencia de la mujer). Por lo segundo, los textos hebreo y griego leen un solo e idéntico verbo *suf, tereo* que la Vurgata interpreta por “*coneret, aplastará*” y por “*insidiaberis, acecharás*”.

Una y otra diferencia son de poca importancia para el sentido dogmático que nos toca investigar. Porque la mujer y la descendencia que de la mujer procede forman un todo y un principio común de operación; la mujer y la descendencia se unen para el aplastamiento de la cabeza de la serpiente, bien que este aplastamiento se atribuya directamente a la descendencia e indirectamente a la mujer, o directamente a la mujer e indirectamente a la descendencia. Esto mismo manifiesta que la victoria es de la mujer-descendencia y la derrota, de la serpiente; esto que implícitamente dice el texto hebreo, es expresado explícitamente por la Vulgata con su doble traducción “*coneret-insidiaberis*” del mismo verbo hebreo y en la misma forma gramatical.

II. LA INTERPRETACION DEL TEXTO.—Expuesta la crítica textual con la brevedad que lo exige nuestro estudio, vengamos a la *interpretación del texto*. Esta contiene tres puntos: la humillación de la serpiente, una lucha y una victoria.

1. *La humillación del demonio-serpiente*.—Yahvé-Elohim habla a la serpiente, el animal más astuto de los animales del campo, y le habla con el lenguaje propio de su naturaleza y condiciones

(3) Gen. III, 14-15; cfr. Colunga, A., Cienc. Tom., 62 (1942), fasc. 1, p. 7.

pero en realidad habla al diablo tentador que se esconde debajo de la serpiente (4).

Empieza con una expresión, que ya desde ahora queremos hacer notar, a saber, *quia fecisti hoc, por cuanto has hecho esto*; ella indica que la sentencia contra la serpiente tiene razón de castigo, clara señal de *represalia* y carácter visible de desquite; el demonio será vencido por los mismos pasos por los que él ha vencido.

La sentencia en sí es una maldición peculiar:

“maldita serás entre todos los ganados,
y entre todas las bestias del campo”,

con un doble efecto:

Sobre tu vientre caminarás,
y polvo comerás, todos los días de tu vida.”

La maldición, como dirigida al animal-serpiente, instrumento del demonio, no dice nada nuevo; la serpiente anda arrastrándose sobre su vientre y se alimenta de alimentos groseros y aun de polvo de la tierra, según la creencia de los antiguos (5). Mas, como dirigida al demonio, significa la profecía de su más vergonzosa humillación y de su derrota más completa conforme al simbolismo e imagen de *morder y lamer el polvo*, más tarde empleada por el salmista (6) y por el profeta Isaias (7). De esta humillación y derrota participará la serpiente, en cuanto animal, a pesar de ser sólo un instrumento material, pues ella será objeto de odio y desprecio a los hombres y a los otros animales.

2. *El combate*.—El combate está expresado con “*y enemistad pondré*”. La frase muestra ya bastante de sorprendente y de so-

(4) Se habla entre los exégetas si la serpiente es el mismo demonio que toma la figura de serpiente o si es una serpiente real y física, en que el demonio entró para tentar a nuestros padres; cuestión de bien poco interés. Lo principal y cierto es que la serpiente es un *ser intelectual*, pues raciocina, conoce el precepto divino y tienta a los hombres; es un *ser espiritual*, ya que la enemistad empezada entre ella y la mujer se perpetuará entre sus descendencias; es, finalmente, el mismo demonio. La Sagrada Escritura designa frecuentemente al demonio con el nombre de serpiente (cfr. Sap. II, 24; Juan, VIII, 44; Apoc. XII, XIX, 9; XX, 2). La Comisión Pontificia de Re Bibliae escribe: “divini praecepti, diabolo sub serpentis specie suasore, transgressio (E. B. n. 334”. Lo mismo escriben todos los autores antiguos y modernos; cfr. Roschini, *Utrum B. V. Co-Redemptio sit in S. Scriptura formaliter revelata*, Marianum, 1939, p. 289; T. de Orbis, *La Mujer del Protoevangelio*, Estudios Bíblicos, 1941, cuad. 2, p. 193.

(5) Is. LXV, 25; Mtq. VII, 17.

(6) Salm. LXXII, 9.

(7) Is. XLIX, 23.

lemnidad en su misma construcción gramatical; contra el acostumbrado orden lógico de la lengua hebrea, notamos la alteración del verbo y de su complemento; éste, *ebah*, viene antes que aquél, *'ashit*, como para darle mayor relieve, destacando la importancia de esas enemistades, que serán perfectas, perpetuas y, sin duda alguna, en el orden moral-espiritual (8).

Los combatientes son la serpiente y la mujer y la descendencia de ambos:

“Entre ti y la mujer,
Y entre tu descendencia y su descendencia”.

Yahvé habla a la serpiente; luego ésta es la designada con el pronombre *ti*. Ella será un luchador; su adversario será la mujer, Eva. Así hay que admitirlo, so pena de negar el texto y contexto de nuestra pericopa (9). Mas la mujer ¿es sólo y exclusivamente Eva? De ninguna manera (10). María está encerrada en la mujer; pero ¿cómo? No consta; unos la ven como el antitipo de

(8) Sin duda ninguna la lucha entre el demonio y la mujer y entre la descendencia de ambos debe entenderse de la lucha espiritual y sobrenatural, por la cual el imperio del diablo, que es el imperio del pecado, debe ser derrocado totalmente. Una mayor determinación del objeto de la lucha es deseada entre los teólogos: “iuxta quosdam, escribe el P. Roschini en el artículo citado (p. 289), haec pugna significat, et quidem primario, illam luctam singulorum hominum in statu viae a Deo constitutam ut singuli salutem aeternam supernaturalem consequi valeant; secundario vero atque implicite (pro aliis, typice) adsignificatur causa ipsa ex qua haec lucta et victoria singulorum fit possibilis, opus nempe Redemptionis. Iuxta alios, e contra, horum obiectorum ordo ita invertitur ut primario opus Redemptionis significatum intelligendum sit, secundario autem ac virtualiter, singulorum hominum lucta”.

(9) “Quien lea el Protoevangelio, escribe el P. Orbis (art. cit., p. 197), sin ninguna preocupación teológica, sino sólo a la luz de las reglas de la Hermenéutica, no podrá menos de ver en la “mujer” a aquella de quien se trata en todo el capítulo 3, en el que el sustantivo *isháh* (con artículo o sin él; en su forma simple o con prefijos pronominales; con el sentido de mulier o de uxor) se repite no menos de diez veces, sin contar la del v. 15, siempre se refiere a Eva. Luego también en el v. 15 designa la misma persona, mientras no se demuestre su exclusión. ¿Cómo sustraerse a la impresión de que también en el v. 15 se habla de ella, o que, por lo menos, debe incluirse de alguna manera? En efecto, he aquí cómo procede la narración de este capítulo. La mujer ha sido seducida por la serpiente y Dios dijo a la mujer...”. Cfr. Ceuppens, “De prophetis messian.” in A. T., Romae, 1935, p. 21; de Protoevangelio, 1932, p. 36-53; de Hist. Primaeva, 1934, p. 181-197.

(10) Rechazamos como falsísimas todas las afirmaciones de los radicales, para quienes “la mujer es Eva y ella solamente, la serpiente no un ser moral sino solamente un ser físico y las enemistades no otra cosa que la antipatía natural, el horror casi instintivo que siente el hombre hacia la serpiente”. E. Hühn, *die messian. Weissag.*, 1898, p. 134; J. Richter, *die messian. Weissagungen und ihre Erfüllung*, 1905, p. 16; H. Gunkel, *Handkommentar zum A. T. Genesis*, Göttingen, 1922; H. Holzinger, *Kurzer Handkommentar zum A. T.: Genesis*,

Eva (11); otros, directamente, sin intermedio y con exclusión de Eva (12); otros, finalmente, la ven juntamente con Eva: ésta en sentido obvio y aquélla en sentido profundo y pleno, pero una y otra en sentido literal (13).

Por nuestra parte nos inclinamos a esta última sentencia, defendida recientemente por Fr. Teófilo de Orbiso, de la cual dice él mismo que es "una síntesis, en la que se recoge todo lo que de bueno se contiene en las demás, no teniendo así el mérito de la originalidad en cuanto a los elementos de que se compone, pero sí en cuanto al edificio que con ellos se construye" (14).

El combate que se inicia en la serpiente-demonio y Eva-María no es exclusivamente personal, pues no termina en sus personas, sino que sigue y se perpetúa en sus descendencias:

"Entre tu descendencia y su descendencia."

La descendencia de la serpiente son todos y solos los demonios (15). Y ¿cuál es la descendencia de la mujer? De nuevo estamos ante una variedad de opiniones. La descendencia de la mujer, dicen unos, se ha de entender de una persona determinada en sentido individual por el Mesías y por sólo el Mesías (16); otros la entienden en sentido colectivo, ya restringido por una parte de la posteridad de Eva, a saber, por Cristo y la Iglesia (17), ya exten-

(11) Ceuppens, de hist. primaeva, Romae, 1934. Reppetti, La tipologia mariana nel Protoevangelo. Mangenot, Genesis, dict. de Theol. cathol. VI, 1208. Divus Thomas, 15 (1937), p. 287.

(12) Roschini, art. cit., p. 399: "Ergo nulla alia remanet solutio nisi ista: substantivum *isháh* in versículo 15 capituli tertii *genesis* designat virginem sensu immediato et literali designat. Hanc opinionem plures sectantur theologi necnon magni nominis exegetae". Cfr. M. Flunck, die frohe Botschaft aus der Urzeit in Zeitschrift f. kath. theol., 28 (1904), p. 641-671; Bover, en Gregorianum, 5 (1924), p. 573 y siguientes.

(13) Hummelauer, Comm. in Genesis, Parisiis, 1895, p. 165-166. M. Hetzenauer, in Genesis, 78-80.

(14) Orbiso, art. cit., p. 196.

(15) Ceuppens, de prophet. mess., ed. cit., p. 21: "semen diaboli non nisi in sensu morali sumi potest et quidem de omnibus et solis diabolis dicitur; 1) *in sensu morali*, quia semen physicum diaboli non habet; 2) *de solis diabolis*, nam quamvis homines impii in sensu morali semen diaboli dici possint, de facto tamen sensus illi contextui nostro non convenit, etenim..."

(16) Es la interpretación de la versión de los LXX quienes tienen *autos*, ipse, un individuo de la descendencia de la mujer; es bastante común entre los ss. Padres (Irineo, Adv. Haer., III, 23; IV, 40; V, 21, PG 7, 964; 1114; 1179; Cipr. Adv. Iud. 2, 9, PL 4, 704, Epif. Adv. Haer. III, 2, 18, PG 42, 729; León M, Sermon in Nat. Dom., 2, c. I, PL 54, 194) y tiene sus partidarios entre los teólogos y exegetas (Passaglia, Patrizi, Smits, Lagrange, Rigaux, etc., etc.).

(17) Corluy, Spicilegium Dogmatico-Biblicum, de Protoevangelo, Gandavi, 1, 1884, p. 361 reputa muy probable esta sentencia; Bea, solamente probable (de Pentateuco, 1933, p. 201). Igualmente Cornelio a Lapide, Bonfrer, Calmet, Reinke, Hengstenberg y otros.

sivo a toda la posteridad de Eva, mas comprendiendo de una manera especial a Cristo, por el cual la humanidad vence al demonio (18).

Nosotros, en conformidad con la interpretación del P. Orbiso, creemos "que el "semen mulieris" se ha de entender en sentido colectivo e individual, a la vez, de toda la descendencia de Eva, que debe su nombre a ser "la madre de todos los vivientes" (Gen. 3, 20) y del Hijo de María, que es "semen mulieris" por excelencia, producto de la única mujer que fué madre quedando virgen, al que S. Pablo caracteriza con la nota distintiva "factum ex muliere", genómenon ek gynaikós (Gál. 4, 4)" (19).

Estas afirmaciones, que la largura del tema y la premura del tiempo nos prohíben probar, dan por resultado una conclusión, esencial para nuestro estudio e incontrovertible: la interpretación mariana del Protoevangelio; María con Eva y su descendencia junto a Cristo en el combate contra el demonio y su descendencia. De donde, concedido esto, ya poco nos interesa el determinar el sentido mariano, si en sentido típico o en sentido literal, ya directo y obvio, ya pleno, porque lo cierto es que el sentido mariano es sentido bíblico, inspirado e intentado por Dios y, consiguientemente, digno de fe y suficiente para las definiciones dogmáticas.

En su confirmación podríamos citar la tradición cristiana, que por boca de Pío IX, en la Bula "Ineffabilis Deus" del 8 de diciembre de 1854, con que proclamaba el dogma de la Inmaculada Concepción de María, se expresa así: "Patres Ecclesiaeque scriptores... enarrantes verba quibus Deus praeparata renovandis mortalibus suae pietatis remedia inter ipsa mundi primordia praenuntians; et deceptoris serpentis retudit audaciam et nostri generis spem mirifice erexit, inquiens, "inimicitias ponam inter te et mulierem et semen tuum et semen illius" docuere, divino hoc oraculo clare aperteque praemonstratum fuisse misericordem humani generis Redemptorem, scilicet unigenitum, Dei Filium, Christum Iesum, ac designatam Beatissimam eius Matrem Virginem Mariam, ac simul ipsissimas utriusque contra diabolum inimicitias insigniter expres-

(18) Las dos partes de la proposición son bien claras: el "semen mulieris" se debe tomar colectivamente por toda la posteridad de Eva y el Mesías es designado muy especialmente. Hummelauer y Hetzenauer en la nota 13; Ceuppens, de prophet. mess. p. 39: cum Hummelauer concludimus textum, cum antiquissimis factis collatum clare demonstrare unum venturum Redemptorem. Hanc etiam auctoris Geneseos mentem fuisse credimus, quae mens clarius animadvertitur quando hanc..."

sas..." Y un poco más abajo, añade: Sic sanctissima Virgo, arc-tissimo et indissolubili vinculo cum eo coniuncta, una cum illo et per illum, sempiternas contra venenosum serpentem inimicitias exercens ac de ipso plenissime triumphans, illius caput immacu-lato pede contrivit... Idem Patres... professi sunt, gloriossimam virginem fuisse... a Deo, quando ad serpentem ait: "inimicitias ponam inter te et mulierem", praedictam, quae proculdubio vene-natum eiusdem serpentis caput contrivit" (20).

3. *Fin del combate*.—El combate termina siempre con la derro-ta de uno de los contrarios; en el nuestro la descendencia de la mu-jer vence a la serpiente, no sin algunas intentonas, por parte del vencido, de querer obtener la victoria:

"Esta te aplastará la cabeza,
Y tú la acecharás al calcañar".

Ya indicamos arriba la diferencia del texto en el original he-breo y en las versiones griega y latina y cuán poco afectaba al sen-tido dogmático. Ahora sólo hacemos resaltar, como fundamento de nuestra investigación para el valor corredentivo de María en el Pro-toevangelio, la unión de la mujer con su descendencia para aplas-tar al demonio; la descendencia de la mujer, mediante la mujer, obtiene la victoria sobre la serpiente. Cristo, mediante María, vence al diablo; María coopera con Cristo a redimir al género humano y coopera libre y formalmente, física y moralmente.

(20) Pío IX, Bula "Ineffabilis Deus".

ARTICULO PRIMERO

EL HECHO DE LA CORREDENCIÓN DE MARÍA.

No hay duda, según acabamos de exponer, que María está inclui-da y es formalmente la mujer del Protoevangelio. Ella explica la narración mosaica en su sentido llano y natural; sin ella resulta huero el texto e ininteligibles sus frases (21).

Dios baja del cielo a castigar al género humano, reo de la viola-ción de un precepto divino, mas antes de llegar a Adán y Eva, se detiene en la serpiente a quien arrebató su presa; así, cuando sanciona al hombre, el castigo viene endulzado con el anuncio de su reparación. El demonio había vencido al hombre —cabeza de una numerosa descendencia—, y le había vencido por el vencimiento de una mujer; ahora el mismo demonio será vencido por otro hombre —cabeza de otra gran descendencia—, y será vencido por la victo-ria de otra mujer. El hombre quedó cautivo del demonio por una desobediencia; ahora otro hombre libertará a aquél por una obe-diencia y así como aquel primer hombre llegó a la desobediencia por una mujer, así este segundo hombre llegará a la obediencia por otra mujer.

He aquí el plan divino de *emulación*, como le llama Tertulia-no (22) o de *desquite* o *represalia*, según Justino (23) e Irineo (24):

(21) T. de Orbeo, art. cit., p. 198-201: "las palabras del texto exigen imperiosamente que se incluya bajo el mismo apelativo ("mujer") a María... Esta, en su sentido pleno, no puede ser otra que la Virgen María, debeladora constante del demonio, del que ha triunfado plenamente en unión y por virtud de su Hijo".

(22) Tert., de Carne Christi, c. XVII, PL 2, 827: "Sed et hic ratio defendat, quod Deus imagine et similitudinem suam, a diabolo captam, *aemula operatione* recuperavit. In vir-ginem enim adhuc Evam irrepserat verbum aedificatorium mortis; in virginem aequo in-troducendum erat Dei Verbum exstructorium vitae: ut quod per eiusmodi sexum abierat in perditionem, per eundem sexum redigeretur in salutem. Crediderat Eva serpenti: cre-didit Maria Gabrieli. Quod illa credendo deliquit, haec credendo delevit."

(23) S. Just., dial. con Trifón, n. 400, PG 6, 710-711: "Se hizo hombre de la Virgen a fin de buscar la solución por el mismo camino en que tomó principio la desobediencia nacida de la serpiente. Eva, cuando virgen y sin mancha, escuchó las palabras de la ser-piente y engendró la desobediencia y la muerte. Mas cuando la Virgen María se estre-meció de fe y de gozo al oír de boca del Ángel la buena nueva de que el Espíritu de Dios descendería a su seno, la virtud del Ángel la buena nueva de que el Espíritu de Dios naciera de ella sería el Hijo de Dios. Su respuesta fué un Fiat: hágase".

(24) S. Irineo, Cont. Haer. III, c. 22, n. 4, PG 7, 958-959, después de hacer el paralelismo antitético entre María y Eva, escribe: "et propter hoc..."

Dios, demonio, Adán y Eva, *caída*,
Dios, demonio, Cristo y María, *reparación*.

No otra cosa nos dice Moisés con esta sencilla pero profunda expresión: "quia fecisti hoc, por cuanto has hecho esto"; ella nos indica bien gráficamente la clase de pena que se impone a la serpiente, justa y congrua, que podemos llamar con la tradición cristiana de *Recirculación* (25).

Según la misma tradición nos es lícito formular este principio general de Redención: *El demonio debe ser vencido por los mismos medios que él empleó para vencer*. "La Reparación, escribe Augusto Nicolás, se enlaza con la caída por medio de un vínculo de identidad. La caída y la reparación son una misma causa perdida y ganada. La Redención es un divino desquite de la caída y, por consiguiente, debe agitarse entre las mismas partes que ésta y ser realizada por los mismos actores" (26). La misma Iglesia lo reconoce expresamente, al cantar en el prefacio de la Cruz: "Qui salutem humani generis in Ligno Crucis constituisti; ut unde mors oriebatur, inde vita resurgeret; et qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur" (27). Así es en efecto; una enemistad, perfecta y perpetua, se opone a la amistad, perfecta y perpetua, que buscaba el demonio; una mujer, a otra mujer; una descendencia, a otra descendencia; y una completa derrota, a un débil conato de resistencia.

La mujer Eva, engañada por la serpiente, contraviene la orden divina; fué su apetito por el fruto fascinador y sabroso —tal como el demonio se lo presentó a los ojos de la cándida criatura— el que le arrastra a comerlo contra el precepto de Dios. Pero luego, una vez comida la fruta, la misma mujer ve y comprende la desnudez de su cuerpo y la fealdad de su alma; descubre el lenguaje e hipocresía y mentira del demonio y le odia de corazón; cree en sus

veretur, nisi ipsae compagine alligationis reflectantur retrorsus; ut primae coniunctiones solvantur per secundas, secundae rursus liberent primas. Et evenit primam quidem compagine a secunda colligatione solvere, secundam vero colligationem primae solutionis habere locum". Cfr. V, c. 19, n. 1, PG 7, 1175-1176.

(25) Irineo, Contr. Haer. III, c. 22, n. 4, PG 7, 953; V, c. 19, n. 1, PG 7, 1175. Adrem escribe Roschini, art. cit., p. 300: "Nostro tamen iudicio illa Dei punientis assertio: Quia fecisti hoc" sensu ac momento praegnans est: indicat enim strictam relationem inter naturam sententiae mox infligendae et naturam criminis immediate praecedentis".

(26) Aug. Nicolás, La Vierge Marie et le plan divin, París, 1864, tom. I, lib. I, c. VII, p. 244: "On le convendra, si on observe que la Reparation est liée a la Chute par un lien d'identité. La Chute et la reparation son une meme cause perdue et gagnée. La Rédemption est une divine revanche de la Chute Et, par conséquent, elle doit s'agiter entre les memes parties, elle doit reproduire les memes acteurs".

males presentes y venideros —la verdad y realidad de la sanción divina—, cuya causa es la seducción de la serpiente, y se declara su mortal enemiga. Este odio y esta enemistad son en su objeto perfectos y por su extensión ilimitados: "y enemistad pondré...".

Mas ese odio y esa enemistad, por ser de tal naturaleza, dejan mucho que desear en la persona de Eva para su perfecto cumplimiento. He ahí por qué Eva pide y exige un complemento y una perfección, una mujer que realice en toda su plenitud las enemistades que predice el Texto del Génesis.

Esa mujer es María. Ella ejerce plena y perfectamente las perpetuas y absolutas enemistades con el demonio, pues ella —y Ella sola— es concebida inmaculada y exenta de pecado original, vive sin la menor sombra de pecado, y, al morir, su cuerpo no ve la corrupción del sepulcro y su alma vuela al cielo a unirse con su amado. De este modo la Bondad, Sabiduría y Omnipotencia de Dios no sólo quedan salvaguardadas, sino también salen triunfantes de la malicia del demonio, a quien cogen sus armas para esgrimirlas contra él mismo.

Las enemistades de la mujer contra la serpiente, dijimos arriba, son perpetuas y por lo mismo no terminan con la muerte de Eva-María, sino que continúan en su descendencia. Efectivamente; toda la descendencia de Eva ha heredado de su madre el odio y enemistad con el demonio. Ciertamente esa descendencia —tanto en su sentido colectivo como individual— no le muestra odio, antes al contrario se declara su amigo, puesto que nace en pecado y vive sujeta al pecado. Pero esto es sólo una demostración de la debilidad del hombre y cómo debe venir un representante suyo a realizar en su persona y completar, como María a Eva, la perfección del odio total y de la enemistad completa contra la descendencia de la serpiente.

Ese representante de la descendencia de la mujer es el Hijo de María, Cristo Jesús. Este es el varón fuerte que presenta batalla al demonio, el cruel tirano del género humano, a quien vence y despoja de todas sus armas y obliga a abandonar el botín que injustamente poseía. No de otra manera nos le presentan los Evangelios: vencedor del demonio, cuando en el monte de la Quarentena le rechaza con las tentaciones de presunción, vanagloria y ambición (28), cuando por boca de S. Pedro parece disuadir a Jesús de su obra redento-

ra (29), cuando le arroja de los posesos (30); S. Pablo (31) y S. Juan en sus epístolas (32) y en el Apocalipsis (33) abundan en las mismas ideas: Jesús ha venido a destruir la obra del diablo y lo ha conseguido con su muerte en Cruz.

No queda, pues, la menor duda de la derrota, completa y definitiva, del imperio del demonio: "Ella te aplastará la cabeza". Cristo le ha dado el golpe mortal, pero junto a Cristo y con Cristo está María compartiendo las vicisitudes de la lucha y reportando la victoria: *la misma lucha y la misma victoria de Jesús y de María*; la lucha, bien expresamente declarada con la declaración de las enemistades entre la mujer y la serpiente; no tan expresamente, aunque no con mejor verdad, la victoria, porque si la mujer no contribuye en nada a la victoria de la descendencia, ¿para qué Dios anuncia tan enfáticamente a la serpiente las enemistades de la mujer juntamente con las de la descendencia, si no debiese concurrir la mujer a la victoria de su descendencia? Por lo demás el mismo paralelismo en la pena de la serpiente lo exige, pues así como la pena de Eva corresponde el ponerse la mujer bajo el dominio del varón a quien sedujo (34), así a la pena de la serpiente pertenece sufrir algo de la mujer y estar bajo el dominio de la mujer a quien sedujo (35).

La mujer, pues, lucha con la serpiente como la descendencia de la mujer lucha con la descendencia de la serpiente; iguales son las enemistades y de igual extensión e igualmente irreconciliables entre la mujer y la serpiente que entre la descendencia de la una y de la otra.

La victoria es de María como lo es de Cristo, aunque no en el mismo sentido y bajo el mismo plano, si hemos de creer al texto hebreo que la atribuye directamente a la descendencia de la mujer —personificada en un individuo por la interpretación de los LXX— más bien que a la Vulgata que la atribuye directamente a la mujer.

De donde María está junto a Cristo en la obra de la rehabilitación del género humano; María tritura juntamente con Cristo la cabeza de la serpiente; María libra juntamente con Cristo a todos los

(29) Mat. XVI, 22-23.

(30) Mat. IV, 24; IX, 33; Mar. I, 23-27; Luc. IV, 33-36.

(31) Col. II, 15; Hebr. II, 14.

(32) Juan, VIII, 44; I Jo. III, 8.

(33) Apoc. XII.

(34) Gen. III, 16.

(35) Merkelbach, Mariología, París, 1939, p. 79.

hombres de la ominosa esclavitud del diablo. Cristo es el Redentor del hombre y María, la *Corredentora*. He ahí el objeto del Protoevangelio, el primer anuncio de la primera promesa del futuro Redentor y de la futura *Corredentora* (36); su sentido mesiánico y su sentido mariológico se imponen a toda inteligencia libre de prejuicios dogmáticos (37), como los ha reconocido la tradición patristica sancionada por el Papa Pío IX, según recordamos arriba (38).

ARTICULO II

EL MODO DE COOPERAR MARÍA CON CRISTO EN LA OBRA DE NUESTRA REDENCIÓN.

Entramos de lleno a explicar el principio de *Recirculación-Asociación*: María coopera con Cristo en la obra de la Reparación, como Eva cooperó con Adán en la obra de la Caída. La tradición cristiana lo designa con la ecuación "*María-Nueva Eva*, es decir, lo que hizo Eva en la Caída, hace María en la Reparación (39). El es el principio-fundamento de toda la Mariología, fuente y manantial de todas las verdades o dogmas marianos; estudiémoslo, primero, en la parte de Eva en el pecado para llegar a entender, después, la parte de María en la rehabilitación.

(36) "La mujer, escribe Fr. Teófilo de Orbiso (art. cit., E. B., vol. I (1492), cuad. 3, p. 287), que aparece en el texto unida al Redentor no sólo con el estrecho vínculo de la Maternidad, sino también con la participación en la lucha y por lo mismo en la victoria, tiene derecho al título de *Corredentora*. Su compasión con Jesús, indicada ya en las enemistades o sea en la lucha larga y difícil, se declara más abiertamente en la Vulgata, según la cual la planta de la mujer es herida por la mordedura de la serpiente, símbolo de los dolores y angustias que le hizo sufrir el demonio a causa de su Hijo."

(37) Aug. Nicolás, o. cit., lib. 2, cap. VII, p. 244-245: "Il n'est aucun esprit libre qui ne comprenne que l'hérésie chrétienne, a tous les degrés, qui, admettant la Chute, n'admet pas la femme à l'honneur de coopératrice de la Rédemption, et la relègue à la porte, la chasse une seconde fois, en quelque sorte, et cette fois-ci, seule, du Paradis, comment un attentat contre le sens comune; je n'ai pas besoin d'ajouter contre le sens moral."

Admettez ou rejetez la Chute. Mais, si vous l'admettez, admettez la Rédemption comme contre-partie de la Chute. Si vous admettez Eve, admettez Marie; Marie, nouvelle Eve, après de Jésus-Crist, nouvel Adam."

(38) No podemos entretenernos en mostrar cómo es verdad que los Padres han explicado el Protoevangelio en sentido mariano, hasta el punto de llamar patristica la interpretación mariana; el P. de Orbiso (art. y lugar citado en la nota 36) ha estudiado a tres autores españoles que sin duda hablan de María como la mujer del Protoevangelio. Queda así en parte refutada la monografía del P. Leandro Drewniak, O. S. B. (die mariologische Deutung von Gen. 3, 15, in der Vaterzeit, Breslau, 1934).

(39) Esta tradición ha sido condensada por la Iglesia en este grito de su liturgia:

"Quod Eva tristis abstulit
Tu reddis almo germine."

1. EVA EN LA CAÍDA.—Dos títulos tiene Eva respecto de Adán, el de esposa y el de compañera; del primero se deduce otro, pero ya en unión con Adán y respecto al género humano, el de ser *madre*. Después de la creación de todos los seres y del mismo Adán Moisés nos presenta a Yahvé-Elohim convencido de la necesidad de dar al hombre una compañera y una ayuda: "no es bueno que el hombre esté solo: hagámosle ayuda semejante a él" (40). Esta misma necesidad quiere hacer ver al hombre, haciendo pasar, para el efecto, delante de él a todos los animales; en esta revista encuentra Adán súbditos pero no semejantes, instrumentos pero no la compañera que le conviene. Es el momento de crear la mujer, la cual sale del hombre por la mano de Dios, tan perfecta y tan conveniente a Adán, que le hace exclamar espontáneamente y como sin reflexión: "*esta vez*, en oposición a la revista de los animales, —hueso de mis huesos y carne de mi carne; *ésta*, —y no otra criatura—, será llamada *Varona*, porque ha sido sacada del varón" (41).

Así provee y asegura Dios la propagación de la especie humana; la mujer será la esposa del hombre y la madre de todos los seres vivientes (42). Mas la especie humana es dotada de la vida sobrenatural; de ésta Adán y sólo Adán será el padre, quedando en ella Eva como la *Ayudadora* o *Compañera* de Adán.

Aquella vida sobrenatural estaba vinculada a la obediencia de un precepto divino: "no comas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal" (43). Este precepto es impuesto a Adán y a Eva, pero siendo sólo Adán constituido padre de la vida sobrenatural del género humano, la obediencia o desobediencia de sólo Adán, traería o no traería a sus descendientes la posesión de la vida sobrenatural. Y, por lo mismo, siendo Eva sólo una ayuda o compañera de Adán para la comunicación de aquella vida sobrenatural a sus hijos, su obediencia o desobediencia no traería o dejaría de traer por sí esa comunicación, aunque sí contribuiría o cooperaría a uno u otro efecto.

Así sucedió; Eva desobedeció a Dios, comiendo de la fruta prohibida e hizo a Adán desobedecer a Dios, comiendo igualmente de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. El proceso fué

(40) Gen. II, 18.

(41) Gen. II, 23.

(42) Gen. III, 20.

(43) Gen. II, 17.

bien sencillo: la serpiente se sirve de Eva como instrumento; aquélla era astuta y, por su astucia, entiende el modo de introducirse en la conversación con la mujer y enredarla en sus redes (44); no va directamente al varón para seducirle, porque le sería difícil, sino a la mujer, y, mediante la mujer, al varón. Dicho y hecho; la serpiente engaña a la mujer, la cual coge el fruto y lo come; Eva lo presenta a Adán, el cual come. De este modo coopera Eva en el pecado de su esposo; *eficazmente*, porque le hace traspasar de hecho la orden de Dios; *físicamente*, alargando su mano con el fruto prohibido a Adán, y *moralmente*, presentándose como esposa e incitándole con palabras halagüeñas y seductoras a comer del árbol prohibido.

Adán, pues, es vencido, pero lo es por Eva; en el vencimiento de Adán es encerrado el vencimiento de todo el género humano, pero lo es por Eva. Sin la derrota de Adán no se concibe la derrota del género humano, mas sin la victoria de Eva no existe la derrota de Adán; de donde la victoria de Eva es la verdadera causa de la derrota de Adán y, por la derrota de Adán, de la derrota del hombre.

Lo repetimos: Eva es el *instrumento-cause* del pecado de Adán: *instrumento* del demonio, que es el agente principal de la tentación y caída de Adán; *cause* de la caída de Adán, secundaria, sí, porque el mismo Adán es causa principal, voluntaria y libre, de su propia caída, pero verdadera causa porque cooperó verdaderamente en la caída de su esposo.

En la *trasmisión* de la derrota de Adán a sus descendientes, Eva coopera con su esposo en unidad de principio y causa; los dos forman un único principio de caída, aunque no con igual formalidad. Los dos engendran y trasmiten la naturaleza humana que, al formar el hombre con la unión del alma, es inficionada con el pecado; en el pecado mismo, que se trasmite con la generación carnal, Adán y Eva deben tener la misma parte que tuvieron en el primer pecado, en su propio pecado: Adán como causa principal y Eva como causa secundaria; Adán como el agente principal y Eva como la que ayuda y coopera; Adán como el culpable y Eva como la participante; Adán como el esposo y Eva como la esposa.

2. MARÍA EN LA REPARACIÓN.—Por el principio de *Recirculación-Asociación* no tenemos más que aplicar a María lo dicho de Eva.

(44) El texto hebreo retrata bien al vivo la astucia de la serpiente en el interés de tramitar conversación con la mujer y en el proceso de la misma.

María coopera real y eficazmente con Cristo en la Reparación, tan real y eficazmente como Eva cooperó con Adán en la obra de la Caída.

Cristo, sus solos méritos son la causa de la Redención del hombre, la principal, la sustancial, pero no la total; María es la causa secundaria, la accidental; Cristo y María, la causa total de nuestra salud. En este sentido María es la *Nueva Eva*, verdadero principio y causa, aunque secundaria, de la salud de los hombres, porque verdaderamente cooperó con Cristo en ella y de tal manera que María es coprincipio y concausa de la salvación y *Cristo con María*: es el principio único total de la restauración del género humano, en cuanto Ella es la esposa y compañera de Cristo, ayudadora de Cristo y madre de los vivientes (45).

De este modo encontramos en la Reparación "un plan acabadísimo de reivindicación y desquite de la Caída.

1.º Junto a Adán, el primer hombre, vemos a Jesucristo, el nuevo Adán, el segundo hombre; y junto a Eva, la madre del género humano, vemos a María, madre de todos los hombres en el orden sobrenatural.

2.º Además, la acción salvadora del Redentor es participada por María, a quien Dios asocia en la Redención, haciendo que una misma satisfacción perdone las culpas de muchos.

3.º Pero el principal agente en dicha satisfacción es Jesucristo, quien no solamente salió fiador de la culpa, sino que era el único que podía satisfacer por ella.

4.º No obstante, la primera en triunfar fué María, la madre del Redentor prometido, aun en el primer instante de su Concepción.

5.º Y fué tal la virtud salvadora de la redención, que todos los nacidos de Adán y Eva pueden ser regenerados y restituidos a la amistad divina, pues derramó su sangre por todos.

6.º Finalmente, la redención se verificó en el árbol de la cruz, cuando Jesucristo extendió sus brazos sobre ella, y, en medio de horribles dolores en todo su cuerpo, derramó hasta la última gota de su sangre, teniendo a sus pies, delante de El, a su madre, la Virgen María, que sufriendo un espantoso martirio en su corazón, vió expirar a su Hijo en un patíbulo infame" (46).

(45) Merkelbach, o. cit., p. 89.

(46) Sánchez Martín, La Mediación universal de María y la Medalla Milagrosa, Madrid, 1922, p. 63-64.

CAPITULO II

EL APOCALIPSIS, CONFIRMACIÓN DEL PROTOEVANGELIO EN LA CORREDENCIÓN DE LA MUJER.

Del Génesis pasamos al Apocalipsis; el salto es brusco: desde el primero al último libro de la Sagrada Escritura, pero justificable por el paralelismo de términos y conceptos: la mujer y su descendencia, la serpiente antigua y sus ángeles, una lucha y una victoria. De esta igualdad de conceptos nos es fácil deducir igualdad de enseñanzas mariológicas. Veámoslo.

ARTICULO PRIMERO

PARALELISMO DE TÉRMINOS Y CONCEPTOS ENTRE EL APOCALIPSIS Y EL PROTOEVANGELIO.

Este paralelismo de términos y conceptos se nos manifiesta en los personajes que intervienen en la lucha, en la lucha misma y en la victoria.

1. LOS COMBATIENTES.—El objeto del Apocalipsis, que parece ser una lucha, la lucha de la Iglesia con los poderes adversos a Dios, se concentra en el capítulo XII. Comienza por presentarnos los combatientes, para describirnos, después, el curso de la lucha y su desenlace final. Los combatientes son la *mujer* y su descendencia en íntima unión con los ángeles de Dios, y el dragón, la serpiente antigua o diablo con sus huestes infernales.

a) LA MUJER.—S. Juan describe así la visión celestial de la mujer, que llama *gran señal*: "una mujer vestida del sol y la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas y que está en cinta y clama, sufriendo dolores y tormentos de parto". En este instante de dar a luz la mujer, como observa el mismo autor sagrado a visión seguida, es acechada por un dragón para tragarse al hijo luego que le hubiere parido (v. 4). El mismo dragón persigue a la mujer (v. 13), ya puesta a salvo de sus furias en el desierto (v. 6) con dos alas de águila grande (v. 14), vomitando de su boca infernal agua como un río, que fué absorbido al momento por la tierra (15-16).

¿De quién es este retrato? ¿Quién es aquella mujer? Sin más, nuestra mente piensa en María y nuestro corazón siente a María, la mujer por excelencia, descrita ya en suena con el dragón.

serpiente antigua, por el Génesis, la Santa e Inmaculada y la Señora. Pero ¿sólo y exclusivamente María?

El contexto, así del capítulo en cuestión, como de todo el Apocalipsis, hablan de la *Iglesia* en múltiples aspectos (47). El texto mismo de nuestra perícopa, que da cuenta de los dolores de parto de la mujer, crea alguna dificultad para aplicárselos a María *Virgen* en el parto de Jesús como antes y después del parto. De donde se comprende la razón de preguntar: ¿quién es la mujer del Apocalipsis, María o la Iglesia? ¿María y la Iglesia? ¿En qué sentido María y en qué sentido la Iglesia?

Sin pretender meternos en el campo de la exégesis —a que nadie nos llama ahora—, podemos y debemos admitir como conclusión cierta que María está incluida en la mujer del Apocalipsis más que en sentido acomodaticio, rechazando, por consiguiente, que Aquélla sea la Iglesia y sólo la Iglesia (48). Así lo atestigua la tradición por boca de bastantes padres que hablan de María al interpretar el capítulo XII del Apocalipsis (49), y la liturgia lo admite (50).

(47) G. M. Perrella, *il trionfo della Chiesa nell' Apocalisse*, Div. Thom., Piac., 1940, 324-338.

(48) G. M. Perrella, C. M., *Senso mariologico dell'Apocalisse XII*, Div. Thomas, Piacenza, 1940, p. 215: "Recensendo, non é molto, la pregiata operetta di Mons. Iacono del Pontificio Seminario Regionale di Salerno su *María SS. mediatrice di tutte le grazie*, osservavo: "In Apocal. XII mi pare che il senso mariologico non oltrepassi l'accomodazione o che la *Donna* in senso letterale sia la Chiesa e solo la Chiesa", mentre el ch. A. sosteneva che la *donna* fosse insieme la Chiesa e la *Madonna* e quindi vi fosse lá un "unico senso letterale", pero con "doppio oggetto", di cui il primo, la *Chiesa*, si riferisce al secondo, *María SS.*" Io facevo notare che l'opinione da me accennata (cioé che il senso mariologico dell'Apoc. XII sia puramente accomodatizio) é comunissima tra gli esegeti cattolici, e mi limitavo a citare in appoggio l'autorevole padre Sales".

(49) En confirmación séanos permitido citar las palabras de algunos SS. Padres. Entre los Padres griegos encontramos a *Andrés de Cesarea* y *Aretas*, Obispo de Capadocia; el primero escribe: "Hanc *Mulierem* nonnulli Dei Genitricem Virgineque Matrem per omnia sanctissimam interpretati sunt" (Comm. in Apoc. C. XXXIII, PG 55, 610); el segundo se expresa así: "Mulierem hanc nonnulli dixerunt esse Domini Matrem... Virgo sole spiritali sive Christo operata fuerit... Nam utrumque (el estar coronada de doce estrellas y el sufrir dolores de parto) contigit Virgini". (Comm. in Apoc., c. XXXIII, PG 55, 769-770).

De los Padres latinos mencionamos otros dos testimonios; en un apéndice a las obras de S. Ambrosio, que lleva el título de "Berengaudi expositio in Apocalipsin", c. XII, PL 17,960, se dice: "possumus per mulierem in hoc loco et beatam Mariam intelligere, eo quod ipsa mater est Ecclesiae: et filia sit Ecclesiae, quia maximum membrum est Ecclesiae"; S. Agustín (de simbolo ad catechumenos, IV, c. 1., PL 40,661): "In Apocalypsi Ioannis apostoli scriptum est hoc quod stare draco in conspectu mulieris quae paritura erat, ut cum peperisset, natum eius comedere (XII, 4), Draconem diabolum esse, nullus vestrum ignorat, Mulierem illam virginem Mariam significasse, quae..."; cfr. Alcuino Comm. in Apocal., XII, 1, PL 100, 1152; Hagmo Halberstad, expositio in Apoc. XII, PL 117, 1080 ss.; S. Bern. Serm. de 12 praer. B. V., PL 193, 430.

(50) Las epístolas de la Misa de la Virgen de Lourdes (11 de febrero) y de María Milagrosa (27 de noviembre); el capítulo de Nona en la fiesta de la Inmaculada Concepción, etc., etc.

Pero no es tan cierta ni tan unánime la conclusión en determinar el sentido escriturístico, en que debe tomarse María y la Iglesia. Unos autores hablan de un sentido espiritual o típico (51), mas no se comprende cómo la Iglesia puede ser tipo de María o viceversa, María tipo de la Iglesia (52). Otros colocan en igual plano ambos sentidos, el mariológico y el eclesiológico, como lo hace el P. Di Fonzo, al escribir: "en nuestro caso, el sentido literal sería clara e igualmente explícito para María que para la iglesia" (53); de donde tendríamos, según el ilustre escritor, no dos sentidos literales independientes y distintos, sino dos sentidos conexos y subordinados: el mariológico —secundario, simbólico-específico— subordinándose al eclesiológico —principal, simbólico-genérico—, como lo exige la naturaleza misma del lenguaje simbólico, mas denotando expresamente el símbolo y lo simbolizado toda la verdad y realidad de lo simbolizado. Con las dos últimas opiniones y aun con la primera, cuando habla de un sentido *secundario*, podemos unir la de Mons. Iacono que sostiene que la *mujer* es juntamente la Iglesia y María en único sentido literal con doble objeto (54). Por fin, el P. Perrella concluye así su artículo sobre el sentido mariológico del capítulo XII del Apocalipsis: "la *mujer* del Apocalipsis es en sentido literal explícito de la Iglesia, mas en sentido literal implícito es la Santísima Virgen María" (55).

Ante esta diversidad de opiniones podríamos concluir, como con-

(51) Allo, *L'Apocalypse*, París, 1921, p. 174: "Ainsi l'application liturgique de ce texte à la Vierge, à la mere selon la chair du Messie personnel, ne serait purement accommodative; meme les douleurs o enfancement pourraient chrétiennement s'entendre, par la "compassion" de Marie, dans l'enfancement des temps nouveaux et de l'Eglise. Seulement, ce sens est tout au plus secondaire ou si l'on veut *spirituel*, etc... Cfr. Corn. a Lap.

(52) Para obviar esta dificultad, el P. De la Brosse habla de un tipo, arquetipo (Etudes, 1897, p. 298 ss.): "directe de Ecclesia, sed quia B. V. ut Mater Christi locum magnum occupat in Ecclesia, et eo quod cooperata est ad Redemptionem, unde Mater est Christi totalis, ipsa est in Ap. XII typus Ecclesiae, non certe ut persona inferior quae est symbolum superioris sed superior quae est arquetypus. Cfr. Terrien, *Madre de los hombres*, Madrid, 1928, tom. 2, p. 70 ss., 73.

53. Di Fonzo, *Intorno al senso mariologico dell'Apocalisse XII*, Marianum, 1941, p. 263: "sarebbe pure esplicito, inteso da S. Giovanni insieme per la Madonna et ancora per la Chiesa".

(54) Mons. Iacono, *María SS. Mediatrice di tutte le grazie*, Pompei, 1937, p. 174. Alfonso Rivera, *Inimicitias Ponam...* (Gen. 3, 5), *Signum magnum apparuit...* (12, 1), *Verbum Domini*, 1941, 113-122; 183-189: "Agitur de unico sensu literali S. Scripturae, cui tamen respondet duplex obiectum, non disparatum, sed cum quadam relatione intima inter utrumque, e quibus alterum dignius altiusque exstat et ad plenitudinem intelligentiae textus pertinet, ut scilicet, textus in sua sese integritate comprehendatur iuxta intentionem Auctoris".

(55) G. M. Perrella, C. M., *Senso mariologico dell'Apocalisse XII*, Divus Thom. Piacenza, 1940, p. 222: "Concludiamo: la Donna nell'Apocalisse XII in senso letterale esplicito

cluimos arriba al exponer la *mujer* del Protoevangelio, que nos parece cierto e incontrovertible el sentido mariológico del Apocalipsis; lo tenemos por sentido bíblico, intentado e inspirado por Dios y por lo mismo debemos admitir como verdad revelada que María es la mujer de la visión de S. Juan (56).

b) LA DESCENDENCIA.—Una doble descendencia cuenta la mujer, la una en sentido individual y la otra en sentido colectivo. La primera es designada con los vocablos “hijo” (57), un hijo varón” (58) “varón” (59) “su hijo” (60) y es ciertamente Jesucristo: primero, por la aplicación que a él hace de las palabras del salmo mesiánico: “ha de regir todas las gentes con vara de hierro” (61), y segundo, por la oposición con la descendencia mística de la mujer (62). Esta descendencia, que es la segunda que se atribuye a la mujer, viene designada con el vocablo genérico “los demás de su descendencia” (63) y abraza a los otros hijos de la mujer, a los hermanos de Jesús, a todos los cristianos que participan con El en la lucha y en el triunfo: “y ellos han vencido al dragón por la sangre del Cordero” (64).

Así vemos confirmada de un modo admirable la interpretación de “la descendencia de la mujer” en el Génesis: *hijos de Eva e Hijo de María*. Los SS. Padres y escritores eclesiásticos están de acuerdo en afirmar aquí la doble maternidad de María (65), como confirmación del Evangelio de S. Juan (66).

(56) Puede verse un resumen de los argumentos “por la interpretación mariana” en el art. citado del P. A. Rivera, p. 119-120.

(57) Apoc. XII, 4.

(58) Ib., 13.

(59) Apoc. XII, 13.

(60) Ib., 5.

(61) Ib., 5; cfr. Salm. II, 9.

(62) Ib., 17.

(63) Ib., 17.

(64) Ib., 11.

(65) Di Fonzo, art. cit., p. 257: “S. Giovanni ha pensato alla maternità divina de Maria, alla sua maternità spirituale dolorosa... Per ammettere questo basta pensare che S. Giovanni é pure le autore del quarto Vangelo. Si duque certamente una *conferma implicita*, da parte di S. Giovanni alla maternità divina spirituale di Maria”..., p. 258; *L'Esgesi* porta a credere che S. Giov. abbia di proposito, in *Actu signato voluto* confermare per nos la divina e spirituale maternità di Maria..., p. 267; el c. XII dell'ultima Rivelazione acquista per la Mariologia un valore immenso: la *divina Maternità* e la *maternità spirituale* di Maria sono pienamente confermate, anche se quest'ultima verità non fosse provata dal Vangelo Gioanneo (19, 26-27) di più discussa interpretazione. Ma nell'Apoc. XII se potrebbe trovare ora anche un buon appoggio per una vera interpretazione mariologica di Giov. 19, 26-27”.

Terrien, La Madre de los hombres, 2.ª parte, tom. 2, traduc. de la 5.ª ed. francesa, Madrid, 1928, p. 62, 70; P. Alameda, La Virgen en la Biblia y en la primitiva Iglesia, Barcelona, 1939, p. 207-208.

(66) Juan, XIX, 26-27.

c) SAN MIGUEL Y SUS ANGELES.—Una tercera visión se presenta ante los ojos de S. Juan: la lucha de Miguel y sus ángeles contra el dragón y sus secuaces. No crea dificultad especial; S. Miguel se une a la Mujer y a la Descendencia para derrotar al enemigo común.

d) EL DRAGÓN Y SUS SECUACES.—El dragón forma la otra parte adversa en el combate. Viene descrito como un monstruo horrible y poderoso: “dragón bermejo, grande, con siete cabezas y diez cuernos y sobre su cabeza siete diademas; su cola arrastra a la tercera parte de las estrellas del cielo y las hizo caer sobre la tierra” (67). Sus nombres, además de dragón (68), son serpiente antigua (69), serpiente (70), diablo (71) y Satanás (72). Estos nombres no nos dejan lugar a dudar su identificación con el enemigo de la mujer y de la descendencia del *Protoevangelio*. Para que el paralelismo sea completo y su identificación exacta, se habla aquí también de la descendencia de la serpiente, que son los ángeles del dragón, los cuales seguirán su parte en la lucha contra la mujer y su descendencia.

2. LA LUCHA.—La lucha tiene tres fases, la primera se dirige contra el Hijo, la segunda contra la mujer y la tercera contra los hijos de la mujer. Una cuarta lucha y anterior a las primeras tiene lugar en el cielo —las otras tres eran en la tierra—; se desencadena entre Miguel y sus ángeles por un lado y el Dragón y sus emisarios por otro: “Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragón y el dragón y sus ángeles peleaban contra él” (73). Esta lucha es el recuerdo de la primera y definitiva prevaricación de los ángeles malos, desde la cual no han cesado éstos de excitar a la rebelión contra su Dios y Creador.

Después de su caída el diablo empieza su eterno luchar contra el *Hijo de la Mujer*. El Apocalipsis pasa por alto el pecado y el anuncio de la Reparación del Paraíso, pero los supone como base y fundamento de sus narraciones (74). Es la misma *serpiente*, que desde antiguo venció al género humano en la mujer y su linaje, la que

(67) Apoc. XII, 3-4.

(68) Ib., 3, 4, 7, 13, 16, 17.

(69) Ib., 9.

(70) Ib., 15.

(71) Ib., 9, 12.

(72) Ib., 9.

(73) Apoc. XII, 7.

(74) Terrien, ob. cit., p. 72: “El nombre mismo del jefe de los enemigos bastaría para engendrar esta convicción. “Es el gran dragón, la *antigua serpiente*, el diablo y Satanás (v. 9)”, expresiones todas que recuerdan al primer tentador y las enemistades predichas entre la mujer y la serpiente, entre la raza de la mujer y los partidarios del monstruo

ahora intenta vencer a otra mujer y su linaje y, precisamente, intenta vencer a esa mujer y su linaje, porque una y otro vienen a derrocar su obra primera y redimir de sus garras al género humano.

Según esto se explica que la lucha de Satanás se dirija, primeramente, contra el *Hijo* y ya desde el primer instante de su aparición sobre la tierra: "este dragón se puso delante de la mujer, que estaba para parir, a fin de *tragarse al Hijo, luego que ella le hubiere parido*" (75). Cristo será el encargado de destruir el imperio satánico.

Después continúa la lucha contra la mujer: "Entonces la serpiente vomitó de su boca, en pos de la mujer, agua como un río, a fin de que fuese arrebatada por la corriente" (76); María es asociada a Jesús en la obra destructora del reino del diablo.

Finalmente, despechado, Satán se dirige "a hacer guerra contra las reliquias del linaje de *Ella*, que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo" (77).

3. LA VICTORIA.—El demonio es derrotado totalmente; dondequiera que presenta batalla, allí es vencido; el Hijo, la Mujer y el Linaje se convierten de agredidos en vencedores; el agresor viene a ser el agredido y el vencido. Desde la primera lucha perdida en el cielo, su soberbia ha sido castigada con la humillación más degradante.

Dios protege a su Hijo a quien, una vez nacido, arrebató para su trono, pero no sin antes haber obtenido la más limpia victoria sobre sus enemigos. Esta encuentra su himno de triunfo en la gran voz y sonora que oye el vidente de Patmos y dice así: "Ahora es el tiempo de salvación, de la potencia y del reino de nuestro Dios y del poder de su Cristo, porque ha sido ya precipitado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba día y noche ante la presencia de nuestro Dios" (78). Es el himno de la Redención del hombre; Cristo libra al hombre del cautiverio del demonio y le libra con su sangre redentora.

La mujer cuenta con la singularísima protección divina; nada tiene que ver con ella la serpiente infernal. Está adornada su cabeza con doce estrellas (79), como para significar el cúmulo de todas las

(75) Apoc. XII, 4.

(76) Ib., 15.

(77) Ib., 17.

(78) Ib., 10.

(79) Apoc. XII, 1.

gracias y prerrogativas concedidas a Ella por Dios; es puesta a seguro de las asechanzas del dragón "con dos alas de águila grande, para volar al desierto a su sitio, en donde es alimentada por un tiempo y dos tiempos y la mitad de un tiempo lejos de la serpiente" (80), y, cuando la serpiente lanza de su boca en pos de la mujer agua como un río a fin de que la mujer fuese arrebatada de la corriente, la tierra, por voluntad de Dios, ayuda a la mujer al abrir su boca y sorber el río que el dragón había lanzado de la suya (81). La mujer, pues, es asociada al Hijo en su victoria sobre el diablo; como El, Ella, al no tener parte alguna con la serpiente, puede cantar el himno de triunfo y de Redención; Ella aplasta a la serpiente la cabeza, después de haber intentado la serpiente, pero sin resultado positivo, morder su calcañar. ¡Estupendo paralelismo entre el Apocalipsis y el Protoevangelio! (82).

Irritado el dragón contra la mujer y despechado por no tener parte alguna en Ella, como no la tuvo en su Hijo, marcha a hacer la guerra contra *los demás de la descendencia de Ella* (83), mas no con mejor resultado que cuando luchaba contra el Hijo de la Mujer y la Mujer misma; es vencido también completamente por la Descendencia. Los fieles participan de la lucha y del triunfo de su Hermano Mayor: "ellos le han vencido por la sangre del Cordeiro" (84), porque con su guarda de los mandamientos de Dios y afirmación del testimonio de Jesucristo se han unido a El, para formar una unidad moral, el cuerpo místico de la Iglesia, del cual *María es la Madre, Jesucristo la cabeza y los fieles somos sus miembros*.

ARTICULO II

LA CORREDENCIÓN DE MARÍA.

María está designada en la *mujer* del Apocalipsis; el capítulo XII de este libro sagrado no nos ha resultado otra cosa que la aclaración y confirmación del Protoevangelio, dado que nos presenta una serpiente correspondiendo a otra serpiente, una mujer a otra

(80) Ib., 14.

(81) Ib., 15-16.

(82) Alameda, ob. cit., p. 205-206.

(83) Ib., 17.

(84) Apoc. XII, 11.

mujer, una descendencia a otra descendencia, una lucha a otra lucha y una victoria a otra victoria.

María es perseguida y vence merced a la unión con su Hijo y por ser la Madre de tal Hijo. El Hijo es Redentor, pues es llamado Cordero; su sangre causa la victoria que sus hermanos obtienen sobre el enemigo común; luego su sangre también habrá sido la causa de su propia y personal victoria sobre Satán y a ella es debido el cantar el himno de triunfo: "ahora se ha realizado la salvación y la virtud y el reino de nuestro Dios" (85). De donde María, asociada a su Hijo Redentor, será también Redentora, o mejor Corredentora, ya por ser la Madre del Redentor, ya y principalmente por su cooperación personal y voluntaria en la obra de nuestra Redención.

Ella lucha y su lucha es de Redención: "arrojar del cielo al acusador de nuestros hermanos que los acusaba día y noche ante la presencia de nuestro Dios" (86). Ella vence y su victoria es de liberación y de Redención.

Pero María lucha y vence no solamente porque lucha y vence Jesús, sino también lucha y vence con algo propio. Ciertamente que el dragón la acecha en el instante de dar a luz y por dar a luz "al hijo varón que había de regir todas las gentes con vara de hierro" (87), pero también la acecha y persigue después de haberle dado a luz: el dragón... persiguió a la mujer que había parido aquel hijo varón... *Entonces* (Kai) la serpiente vomitó de su boca en pos de la mujer... (88). De donde si María por su unión con Jesús y por sólo el hecho de su maternidad natural del Redentor coopera a la Redención del hombre y, por lo mismo, puede llamarse con toda verdad y realidad *Corredentora*, con mucha mayor razón se lo podremos llamar cuando consideramos que tiene algo más, que coopera más de cerca en la obra de la Redención, que pone algo suyo, algo propio y personal e intrínseco a sí misma. Lo dice el Apocalipsis con estas palabras: "Y estando en cinta, gritaba con ansias de parir y sufría dolores de parto" (89).

Así es en efecto; esos dolores no pueden ser del parto en que María da a luz a Jesús, porque no existieron; son los dolores de

(85) *Ib.*, 10-11.

(86) *Apoc.* XII, 10.

(87) *Ib.*, 5.

(88) *Ib.*, 13, 15.

(89) *Ib.*, 2.

María en dar a luz sus hijos espirituales (90). María es Madre espiritual de los hombres, como es Madre natural de Jesús; su maternidad no ha terminado en el versículo segundo con dar a luz a Cristo, sino se prolonga hasta llegar al versículo 17, donde se habla de otros hijos en oposición (oi loipoi) al Hijo, de los hermanos, reconocidos como tales por Jesucristo en el Evangelio (91) confirmado por el Apóstol en sus epístolas (92). Y María que no sufre los dolores en el parto de Jesús, los sufre en el parto de los hombres.

Estos dolores son dolores de Redención. Los hombres se hacen hijos de Dios y hermanos de Cristo por la Redención, luego ellos serán hijos de María también por la Redención; aquélla era de Jesús, ésta es de María. María concurre con sus propios dolores a la regeneración de los hombres: *materialmente*, porque sufre físicamente en el parto de sus hijos espirituales; *moralmente*, porque tiene el alma inundada de dolores morales; *formalmente*, porque con la obediencia, amor y servicios de Jesús ofrece al Padre su propia obediencia, su propio amor y sus propios servicios, y, de todos modos, *eficaz e inmediatamente*, porque presenta méritos y satisfacciones propias, que con la unión y por la unión de los méritos y satisfacciones de su Hijo, engendra para la filiación adoptiva de Dios a los hombres caídos en la servidumbre del demonio. Esta es la profunda significación de los dolores de parto de María: su unión con Jesús en la gran batalla contra Satanás, su participación en la humana tragedia de la Redención (93).

A la luz del Apocalipsis, pues, el Protoevangelio nos parece agrandado. María es la Asociada a Jesús en la gran lucha y en la clara victoria contra la serpiente; como Eva, así María será la Madre de todos los vivientes, con esta estupenda diferencia que mientras aquélla da la vida natural, ésta da la vida espiritual y sobrenatural. Y María, como Eva, sufre los dolores de parto en sus hijos, porque

(90) Allo, o. cit., p. 174: "les douleurs d'enfantement pourraient chrétiennement d'interpréter, par la "Compassion" de Marie, dans l'enfantement des temps nouveaux, et de l'Eglise (voir suc., le prophétie de Simeon, c. II, v. 35)"; p. 158: "Methodius, more rapportent tout a l'enfantement spirituel des regeneres, du Christ mystique".

(91) Juan, XX, 17.

(92) Hebr. II, 11-12; Gal. IV, 4-7.

(93) Di Fonzo, art. cit., p. 261; cfr. Rivera, art. cit., p. 186.

Pío X, Addiem Illum, 2 Febr. 1904, ASS., 36 (1903-1904), p. 458-459: "vidit igitur Joannes sanctissimam Dei Matrem aeterna iam beatitate fruentem et tamen ex arcano quodam partu laborantem. Quoniam autem partu? Nostru plane, qui exiit adhuc detenti, ad perfectam Dei caritatem sempiternamque felicitatem signendi adhuc sumus. Parentis vero labor, studium atque amorem indicat, quo Virgo. in coelesti sede..."

se trata de una concepción y de un nacimiento de sacrificio y de redención. De donde María da a luz sus hijos, redimiéndoles, pero no como agente principal, sino como agente secundario, como *Cooperadora*, como *Corredentora*.

CAPITULO III

EL CONSENTIMIENTO DE MARÍA A LA REDENCIÓN EN LA ANUNCIACIÓN.

Comenzamos el estudio del Evangelio. S. Lucas nos ofrece el primer lugar: la Encarnación del Redentor; su estudio da por resultado estas tres conclusiones:

- 1.^a Toda la narración bíblica va dirigida a obtener de María su consentimiento a la Encarnación.
- 2.^a El consentimiento de María es consentimiento de Redención.
- 3.^a El consentimiento de María es su cooperación, próxima, moral, eficaz y decisiva a la Redención.

ARTICULO PRIMERO

TODA LA NARRACIÓN BÍBLICA VA DIRIGIDA A OBTENER DE MARÍA SU CONSENTIMIENTO A LA ENCARNACIÓN.

Así es en verdad: Toda la narración de S. Lucas tiende a recibir de María su consentimiento a ser madre del Verbo; obtenido éste, aquella termina. Empieza con un saludo, sigue el mensaje divino y solución de una dificultad y termina con la aceptación y consentimiento de María.

1. LA SALUTACIÓN ANGÉLICA.—El mensaje es de importancia; exige una preparación. Esta se presenta perfecta: el escenario, la descripción de los personajes y la salutación angélica. El escenario es un pequeño promontorio de la provincia de Galilea, la diminuta ciudad de Nazaret, cuya existencia debe admitirse, aunque su nombre no se halle consignado en la Sagrada Escritura ni en los autores profanos. Los personajes son Dios que envía la embajada; María, la Virgen desposada con un varón justo de la familia de David por nombre José, quien la recibe y el ángel Gabriel es el embajador.

El encuentro del embajador con María es acompañado con un

saludo de parte de Dios. El saludo es por extremo laudatorio; dice así: "Dios te salve, la Llena de gracia; el Señor es contigo" (94).

2. EL MENSAJE DIVINO.—El mensaje es sumamente simple, sin que pierda nada de su sublimidad; este es su texto: "he aquí que concebirás y parirás un hijo y llamarás su nombre *Jesús*. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo y el Señor le dará el trono de David..." (95). Nos confirmamos en la importancia del mensaje. Para nuestro objeto, éste se resume en que el *Hijo* es el Mesías, el *Emmanuel* de Isaías, la *Descendencia* del Protoevangelio; su oficio será el de *Redentor*, pues se llamará Jesús, esto es, *Salvador*, el que ha de salvar a su pueblo de sus pecados (96). María será la Madre de ese Hijo, la *Virgen-Madre* de Isaías, la *Mujer* del Protoevangelio. Por de pronto María, advertimos ya desde ahora, sabe y conoce el oficio de Redentor de su Hijo.

3. LA SOLUCIÓN DE UNA DIFICULTAD Y EL ASENTIMIENTO DE MARÍA.—María cree al ángel y se dispone a aceptar su embajada: a ser madre de Dios, pero desconoce el modo; esta ignorancia le hace suspender por el momento su pleno asentimiento; lo dará sin reserva, mas después de preguntar y conocer el modo de su maternidad: "¿cómo será?" Yo ciertamente, quiere decir María al ángel, he hecho voto de guardar virginidad; Dios mismo me ha dado a entender su aprobación y complacencia. De donde ¿cómo se me propone ahora de parte de Dios el ser madre de su Hijo? Yo, como ves, no conozco ni en adelante tengo intención de conocer varón, luego ¿seré madre, dejando de ser virgen, o seré madre, quedando virgen? Sí, responde el ángel; serás madre, pero sin dejar de ser virgen, pues "el Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra" (97). Con estas palabras tiene María explicado el modo de la Encarnación del Verbo en sus entrañas; ella lo entiende, asiente y consiente. El ángel se retira.

4. EL FIN Y OBJETIVO DE LA EMBAJADA: EL ASENTIMIENTO DE MARÍA.—De la sola exposición del relato evangélico se deduce con toda evidencia y claridad esta verdad; conocido ésta, ya no podemos preguntar si es cierto que el ángel entró en Nazaret a buscar el consentimiento de María; sólo nos es permitido preguntar la razón del

(94) Luc. I, 28.

(95) ID., 31-32.

(96) Mat. I, 91-93.

consentimiento de María o el por qué Dios exige el consentimiento de su criatura para realizar sus altos designios.

No admitiendo el consentimiento de María como fin único y exclusivo de la embajada divina, toda la narración de S. Lucas sería un enigma; si no fuera así, bastaría con haber mandado Dios a María que fuese madre y en María se hubiese verificado el misterio de la Encarnación del Verbo, pero no manda Dios sino suplica. Por eso no rechaza las objeciones de María, sino las resuelve y responde con toda amabilidad; y cuando, después de esclarecida su inteligencia, María otorga su consentimiento, el ángel ya no habla más, sino, viendo acabada su obra, se retira (98). El mismo título de "Anunciación" que damos a este misterio nos dice bastante claramente que el fin de anunciarlo a María era obtener su consentimiento (99).

Mas ¿por qué exige Dios el consentimiento de María? Santo Tomás aduce cuatro razones de la conveniencia de ser anunciado el misterio de la Encarnación a María y, por este medio, de exigir su consentimiento (100). Knabenbauer nos recuerda otras varias (101), que en una u otra forma comentan los Padres de la Iglesia, en especial, la que se deriva de la antítesis entre la Reparación y la Caída (102). Pero los más de los autores eclesiásticos se complacen en profundizar la razón cuarta de Santo Tomás, a saber, la unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la Persona del Hijo de María.

Se trata de una unión a modo de matrimonio; los contrayentes

(98) Maldonado, in Luc. I, 38: "sine consensu Virginis noluisse Deum ex ea carnem accipere... post responsum atque consensum Virginis conceptionem perfectam. Itaque quasi confecta re cuius causa venerat, perfunctusque legatione sua discedit Angelus".

(99) Sto. Tomás, III, q. XXX, 1: "Annuntiatio ad solum necessaria esse videbatur ut Virginis consensus haberetur".

(100) Ib., a. 1 in corp.: "Primo quidem ut servaretur congruus ordo conjunctionis Filii Dei ad Virginem: ut prius mens ejus de ipso instrueretur quam carne eum conciperet... Secundo, ut posset esse xertior testis hujus sacramenti, quando super hoc divinitus erat instructa. Tertio, ut voluntaria sui obsequii munera Deo offerret, ad quod se promptam obtulit dicens: Ecce ancilla Domini. Quarto, ut ostenderetur esse quoddam spirituale matrimonium inter Filium Dei et humanam naturam. Et ideo per annuntiationem expectabatur consensus Virginis loco totius humanae naturae".

(101) Knabenbauer, cursus Script., en este lugar: "ut Deus significaret reparationem nostram non fieri sine cooperatione nostra; porro ut nos obligaret ad prosequendam b. Virginem magno amoris affectu, cuius quasi arbitrio et consensu salus nostra fuisset commendata, cum non aliter Verbum Dei vellet pro nobis homo fieri nisi María consentiente; id quoque consentaneum fuisse, ut quantum fieri posset digne María conciperet; ad hoc autem esse praeparatum alloquio angelico et exercitio virtutum fidei, obedientiae, humilitatis, caritatis, quas ea occasione exercuisset".

(102) Tertul., de carne Christi, c. XVII, PL 2, 827: "Crediderat Eva serpenti: crederat María Gabrieli. Quod illa credendo deliquit, haec credendo deliquit".

necesitan conocerse y dar su mutuo consentimiento para la unión conyugal.

La Sagrada Escritura nos presenta un simil: el matrimonio de Rebeca. Eliezer, el criado comisionado de Abrahán, expone ante la familia Nacor las proposiciones del matrimonio de su señor, que Labán y Batuel aceptan, pero no entregan a Rebeca, sin que ésta consienta en ellas; era necesario su consentimiento: "llamemos a la moza y veamos lo que dice. Llamada, pues, vino y preguntáronla: ¿quieres ir con este hombre? Iré, respondió ella" (103). Y fué Rebeca a Canaán e Isaac la tomó por esposa.

Así lo ha hecho Dios; envió a un embajador suyo, el ángel Gabriel, a la tierra, para escoger esposa para su Hijo; María recibió la embajada y dió su consentimiento para que en ella y de su misma sustancia formase Dios la carne que había de tomar por esposa el Señor del cielo (104).

ARTICULO II

EL CONSENTIMIENTO DE MARÍA ES CONSENTIMIENTO DE REDENCIÓN.

Tampoco nos será difícil el mostrar la verdad de esta proposición. El mismo relato de la Anunciación manifiesta: 1), que la obra del Hijo es obra de Redención; 2), que María conoce el oficio y obra de Redención de su Hijo, y 3), que María, al dar su consentimiento para ser madre del Hijo de Dios, lo da también para cooperar con El en su obra de Redención y ser la *Corredentora del mundo*.

1. LA OBRA DEL HIJO ES OBRA DE REDENCIÓN.—Lo hicimos observar arriba en la imposición del nombre al Hijo de María; éste será llamado, como dice el ángel a María, *Jesús*, que quiere decir *Salvador: Yeshuah* o *Yehoshuah* "Yahvé es Salvador".

El nombre es de oficio; indica lo que ha de hacer Aquél que lo lleva: salvar a su pueblo. Lo confirmará un poco más tarde el ángel del Señor, hablando con José del mismo misterio de la Encarnación: "He aquí que parirá (tu esposa) un hijo a quien pondrás por nombre *Jesús*: pues *El ha de salvar a su pueblo de sus pecados*" (105).

(103) Gen. XXIV, 57-58.

(104) Nos complacemos en hacer observar que el ilustre escritor francés Augusto Nicolás trata magistralmente este punto. Si no temiéramos cansar a nuestros oyentes, copiaríamos enteras algunas de sus páginas (cfr. todo el capítulo VII del libro I de su obra, el plan divino y la Virgen María).

Este mismo Jesús es presentado por el mismo ángel como Mesías, pues El es el que lleva también el título de "hijo de David" y rey eterno de la casa de Jacob". Y el Mesías también es Salvador en los escritos de los profetas; Isaías lo ha dicho repetidas veces: "lluevan las nubes al Justo: ábrase la tierra y brote al *Salvador*" (106); "el Señor es nuestro Juez, el Señor nuestro legislador, el Señor nuestro Rey: El es el que nos *ha de salvar*" (107); "decid a los pusilánimes: buen ánimo y no temáis: mirad a vuestro Dios que viene a ejecutar una justa venganza. Dios mismo en persona vendrá y os *salvará*" (108). Miqueas escribe: "mas yo volveré mis ojos hacia el Señor, pondré mi esperanza en Dios, *Salvador mío*, y mi Dios me atenderá" (109). Y, por último, leemos en Zacarías: "He aquí que viene a tí tu Rey, el Justo, el *Salvador*" (110).

2. MARÍA CONOCE QUE SU HIJO VIENE A SER REDENTOR DEL MUNDO.—María lo ha oído de labios del ángel al llamar a su Hijo *Jesús*. Lo sabía mucho antes por los vaticinios de los profetas sobre el oficio del Mesías, como lo acabamos de recordar: el Mesías debía ser el *Salvador* y el *Redentor* del mundo. De donde, al identificar a su Hijo con el Mesías, le identificaba con el Salvador y el Redentor; las palabras de Gabriel le enseñaban esta identificación: "He aquí que concebirás y parirás un hijo, a quien pondrás por nombre *Je-*

(106) Is., XLV, 8. Así da Vulgata; el texto hebreo usa el abstracto "salvación, salud". Y esa: "que la tierra se abra y que produzcan como fruto la salud"; los LXX lo traducen por "misericordia, *eleos*": "germine la tierra y nazca la misericordia". Los textos no son de difícil armonización. La obra de la salvación del pueblo de Israel es obra de misericordia divina; quien desea la salvación, desea la venida del autor de ella. Es Ciró quien dará el decreto de liberación para los cautivos de Babilonia y en Ciró comienza la salvación de los judíos que perfeccionará el Mesías. Al uno y al otro, como lluvia y rocío saludables, pide el profeta. Cfr. Cornely ad h. l.; Vigouroux, *Le Sainte Bible polyglotte*, V, 420-421.

(107) Ib., XXXIII, 22. Los LXX leen: "Kyrios outos emas sosei"; la Vulgata se conforma en todo al hebreo. Yahvé será el Salvador de su pueblo, ya que El es quien defiende su causa, la da sus leyes y se constituye su rey.

(108) Ib., XXXV, 4. No hay dificultad especial en la crítica del texto, sino la frase de los LXX "llamad en vuestro socorro, flacos de espíritu, *parakalesate*, oi *oligopsyjoi* de dianoia" y la del hebreo: "He aquí vuestro Dios, la venganza vendrá, la retribución de Dios; El mismo vendrá y os salvará". El profeta ve a Dios en tanta gloria de justicia y con tanta abundancia de buena voluntad, que no puede menos de consolar y alegrar a los tímidos; éstos recibirán la justicia de su causa y la salvación.

(109) Mq. VII, 7. En el hebreo se lee: "Dios de mi salud, *le lohe yise ci*", en vez de "salvador mío, *salvatorem meum*" de la Vulgata. En medio de la ruina moral y revolución social del pueblo, Miqueas presenta un motivo de consuelo: la esperanza en la salvación y restauración que le ha de venir de Dios.

(110) Zac., IX, 9. Nosa, participio Niphal, puede traducirse por "salvado" y por "adorado de salvación" o "que puede salvar". Es uno de los títulos que da el profeta al Mesías y en que se funda la liberación de la servidumbre y opresión del pueblo. Esta noticia debe hacer saltar de gozo inmenso a Sión y Jerusalén.

sús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios *dará el trono de su padre David y reinará en la casa de Jacob eternamente*" (111).

María misma lo reconoce y proclama en su cántico "Magnificat", al llamar a su Dios *Salvador*.

"engrandece mi alma al Señor,

Y mi espíritu salta de gozo ante Dios, mi Salvador" (112).

Dios es Jesús y Jesús de la misma María; su venida es de salvación; ésta ha empezado en María antes que en cualquier otra criatura, porque antes que cualquier otra criatura ha sentido sus admirables efectos: ha sido colmada de inestimables beneficios e insuperable grandeza. Después la salvación se extenderá a todos los hombres, mas teniendo su especial significación en el pueblo de Israel.

María, pues, conoce la obra de Jesús. No podía ser por menos; conociéndola otras personas, como Isabel, Zacarías, el Bautista y el anciano Simeón, no lo podía ni lo debía ignorar María. Isabel confiesa lo extraordinario de su concepción y de los saltos de su hijo en su seno ante la presencia del Mesías, conoce el nombre de su hijo y su alta significación "Yahvé es benigno" como síntesis de la obra de su hijo y de la del Mesías: preparar al Señor un pueblo perfecto (113).

Zacarías conoce la misión divina de su hijo; una manifestación es el himno que entona en reconocimiento y acción de gracias por la Salvación, tan esperada y que ahora lleva a cabo en la persona del Mesías: "Alabado sea el Señor, Dios de Israel, *porque ha visto de cerca y hecho la solución en favor de su pueblo*" (114).

Juan Bautista, todavía en el seno de su madre, siente los efectos salvadores de la presencia del Mesías; de donde no es extraño que su primer testimonio en favor de su Señor sea una cita de Isaías en que se promete al pueblo el rescate y la salvación:

"Voz del que clama en el desierto:

Preparad los caminos del Señor.

Verá toda carne la *salud de Dios*" (115).

(111) Luc. I, 31-32.

(112) Luc. I, 47: "epi to Theo to soteri mou, sobre *el Dios*, el que me da la salvación".

(113) Ib., 17, 60.

(114) Luc., I, 68.

Es decir, todos los hombres, toda la raza humana verá y disfrutará de la salvación que Dios le envía por el Mesías, el Hijo de María.

Simeón no es menos explícito que sus compatriotas en proclamar la obra redentora de Jesús. Su profecía será objeto de estudio particular. Ahora baste nuestra afirmación de que el santo anciano conocía que aquel niño que tenía en sus brazos era el Redentor del mundo.

De donde podemos concluir con toda verdad: conociendo Simeón al igual que el Bautista, Zacarías e Isabel la misión salvadora del Hijo de María, no la podía ignorar su propia madre, antes al contrario, María conocía que su Hijo era el Salvador del género humano.

3. MARÍA, AL DAR SU CONSENTIMIENTO PARA SER MADRE DEL HIJO DE DIOS, LO DA TAMBIÉN PARA COOPERAR CON ÉL EN SU OBRA DE REDENCIÓN.—María conoce que la obra de su Hijo es obra de salvación y de redención; luego, al consentir en ser la madre de tal Hijo, consiente en su obra de salvación y de redención. La consecuencia nos parece justa y verdadera. S. Beda la admite, al escribir: "*fiat ut... atque ad Redemptionem mundi tanquam sponsus suo procedat de thalamo*" (116). El fundamento de su verdad es doble: la voluntad de Dios y la voluntad de María.

Dios no puede contentarse con hacer a María sólo la *madre material* de su Hijo; pasa adelante, constituyéndola también la *madre formal*, es decir, la *Cooperadora* del Hijo en la obra redentora del género humano. Las palabras del ángel lo insinúan: "parirás un hijo a quien pondrás por nombre Jesús", como si dijera, lo que haces para tener un hijo, haces para que ese hijo sea Jesús, contribuirás a que sea Jesús como contribuyes a que sea hijo: unión en la carne de Jesús y unión en la misión redentora de Jesús. La misma naturaleza de madre e hijo lo confirma; aquélla exige no sólo unión de carne y sangre, sino también unión de voluntad y obra: una unión lleva consigo la otra (117). Luego lo que une

igualmente lo verá", es decir, todos, gentiles al igual que los judíos, contemplarán la gloria del Señor. Mas en el cap. LII, 10, leemos: "Yahvé descubrió el brazo de su santidad a los ojos de todas las gentes y verán los términos de la tierra de la salud y su at de nuestro Dios".

(116) Beda, homil. I, in festo Annuntiationis B. M. V. PL 94, 9.

(117) No hacemos tanto hincapié en la revelación del nombre de "Jesús, libertador, salvador", que también fué revelado a José y ciertamente con su explicación (Mat. I, 21), cuanto en que esa revelación va dirigida a que María, al conocer el oficio de su Hijo, consintiese a ser su Madre y su Coadjutora en la Redención del mundo.

la naturaleza, no lo puede separar Dios. Dios da a María con la maternidad de su Hijo la participación en su obra salvadora y redentora.

María comprende este plan de Dios y, al aceptar ser madre de Jesús, acepta ser su Asociada en su obra. Su *fiat* es un *fiat* de Redención, equivalente al "he aquí" del salmo que S. Pablo aplica a Jesús en el punto que tomaba carne humana en el immaculado seno de la Virgen María: "Tú no has querido ni han sido de tu agrado los sacrificios, las ofrendas y holocaustos por el pecado..., de donde *heme aquí que vengo, ¡Oh mi Dios! para hacer tu voluntad...*" (118). Es lo que hace María: entregarse para siempre e irrevocablemente en unión con Jesús como víctima a la voluntad del Padre celestial. He ahí la significación del "Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum" (119); ese es el alcance del consentimiento de María a ser madre del Redentor: el ser *Corredentora*.

No otra intención, pues, podemos poner en Dios, al exigir con tanta insistencia a María el consentimiento; aquella insistencia indica que se pide a María un gran sacrificio y el sacrificio viene a María más, que por su maternidad divina, por su *Corredención* que dicha maternidad encierra. Ni otra es la intención de María, al dar su consentimiento. De donde tenemos que tanto en la mente de Dios como en la de María la Encarnación se identifica con la Redención y, por lo mismo, el consentimiento de María para la Encarnación es un consentimiento de Redención, y María, constituida madre del Hijo, es constituida al mismo tiempo la madre del Redentor y la *Corredentora* de los hombres.

Con este sentido nos complacemos en citar algunas frases del ilustre mariólogo Merkelbach: "Unde consensus voluntarie dando verbis angeli, eo ipso voluit generare et edere Messiam a Prophetis annuntiatum et promissum, qui venturus erat salvare Israel seu Redemptorem qua talem... (120). Consensus praebuit incarnationis mysterio in finem redemptionis et salutis nostrae, iuxta verba

(118) Hebr. X, 5-7; cfr. Salm. XXXIX, 7.

(119) Luc. I, 38.

angeli, Luc. I, 31... illo consensu est *consors* constituta et a momento conceptionis et incarnationis *Christi iam inceptit Consortium* stricte dictum, quia ipse redemptor et adfuit et a primo momento omnia ordinavit in redemptionem, sicut B. Virgo ad eam subordinavit omnia, pronuntiandum suum *fiat* ad finem redemptionis a Deo intentum... (121). Totum opus redemptorium pendet ab initiali B. Virginis consensu et hic est solida basis eius ad totum illud opus *Cooperationis*... (122). Non tam dicenda est cooperata ut fieret incarnatio, sed ut fieret *Redemptio*, nec mere physice sed omnino libere consentiendo Angelo per actus humanos fidei, obedientiae et charitatis in *Hominum salutem* ut ipsi formaliter proponebatur..." (123).

Aún podíamos seguir hablando por el sabio dominico, pero bastan las palabras citadas para convencernos de que el consentimiento de María a la Encarnación encierra su consentimiento a la Redención, por el cual, Ella se une a su Hijo para ser la *Corredentora* de los hombres. Es lo mismo que continuamente oímos del magisterio ordinario de la Iglesia, entre cuyos testigos sobresalen los por todos conceptos beneméritos cardenales Pignatelli (124) y Van Roey (125) y los arzobispos españoles Castro (126), García

(121) Merkelbach, o. y e. cit., p. 323.

(122) Ib., p. 332.

(123) El P. Cuervo, en la Crítica de la Mariología de su cohermano, pone de relieve este punto de la Corredención de María. (Ciencia Tomista, 1941, p. 142-143).

(124) Emmo. Card. G. Pignatelli di Belmonte, en su alocución de felicitación al Sumo Pontífice el 24 de diciembre de 1934 (Osservatore Romano, dic., 26-27, 1934): "Maria col suo *fiat* mihi secundum verbum tuum, accettò di divenire la *corredentrice* dell' umanità decaduta".

(125) Emmo. Card. Van Roey, Dieu Père des miséricordes (carta pastoral del 11 de febrero de 1938): "A l'instant où Marie prononce son *fiat* et donne son consentement à l'incarnation, la miséricorde divine en même temps qu'elle abaisse infiniment le Fils de Dieu en lui faisant prendre la nature humaine, élève celle-ci, en la personne de Marie, jusqu'aux confins de la Divinité, puisque Marie donne à la Personne du Verbe la nature humaine. Depuis ce moment jusqu'au Calvaire, où elle se tient debout sous la Croix, elle est associée intimement à toute l'oeuvre du Sauveur; elle partage les douleurs atroces de son Fils et les offre, avec Lui, au Père pour le salut du genre humain. Par sa fonction de mère de Dieu et par sa participation effective à l'oeuvre de la rédemption, elle a acquis de plein droit le titre de *Co-redemptrice*".

(126) Excmo. Sr. D. Manuel de Castro Alonso. Circular sobre la Corredención de la Santísima Virgen, 19 de mayo de 1940: "La Santísima Virgen, aceptando el cargo sublime de Madre de Dios y hecha tal por la virtud del Espíritu Santo, con sus obras de tal madre, humilde, resignada, obediente, sacrificada... contribuyó con todo su ser y todas sus fuerzas a la obra de la Redención mucho más que Eva a la perdición; por lo cual la tradición la ha reconocido y aclamado como *corredentora* del género humano".

García (127) y Miralles (128) y, por fin, el profundo escritor Bainvel (129).

ARTICULO III

CON SU CONSENTIMIENTO A LA ENCARNACIÓN COOPERA MARÍA PRÓXIMA, MORAL, EFICAZ Y DECISIVAMENTE A LA REDENCIÓN.

Los Santos Padres oponen el pasaje de la Anunciación al pasaje de la Caída. En esta oposición encontramos la clave de la naturaleza de la *Cooperación* de María con Jesucristo en el misterio de nuestra Redención (130). Arriba mostramos ya en parte el paralelismo entre Eva y María; ahora lo completaremos, poniendo de relieve antes el valor del consentimiento de María en orden a nuestra Redención.

María tiene parte no solamente en los frutos o en la aplicación de los frutos de la Redención, sino también en la Redención misma; ella hace que se lleve a cabo la obra de la Redención; ella coopera, lleva a cabo con Cristo la Redención. Esta cooperación de María consiste no en su maternidad divina, en su cualidad de Madre del

(127) Excmo. Sr. D. Antonio García y García, Sermón de la Concepción Inmaculada y de los Siete Dolores de la Sma. Virgen: "En el momento de la Encarnación empieza la obra de Jesucristo y en ese momento se inicia la cooperación de María y entrelazadas crecen y se desarrollan la operación redentora de Jesucristo y la cooperación corredentora de María".

(128) Excmo. Sr. D. José Miralles, Carta Pastoral, 8 de abril de 1938: "Aquel esposo, en fin, consuma en la montaña tremenda el desposorio con la naturaleza humana iniciado en la Encarnación; y si para ésta necesitó del concurso de nuestra Señora, no quiere dispensarse de él en la corroboración de sus nupcias, en las que la Virgen representa y sintetiza a todos los mortales y con su *fiat* adorable los conduce al consorcio con la naturaleza misma de Dios santificador."

(129) Bainvel, Marie, intercession universelle, en D. A., col. 292-293: "Qui est-ce que Dieu propose a Maria par l'ange Gabriel? Sur quoi porte le *oui* de Marie aux propositions divines? ... Demande-t-on uniquement a Marie de vouloir bien etre la mere de Jesus, quitte ensuite a Jesus de sauver le monde comme il lui plaira? Ce n'est pas ainsi que l'entend la tradition catholique; ce n'est pas l'idée que suggère la simple lecture du texte évangélique. L'ange ne parle pas seulement des grandeurs personnelles de Jesus. C'est le Sauveur, c'est le Messie attendu, c'est le Roi éternel de l'humanité régénérée, dont on propose a Marie de devenir le mere. On lui propose par là meme de coopérer au salut de l'humanité, à l'oeuvre messianique, à l'établissement du royaume annoncé."

(130) S. Irineo, Contra Haer, lib. III, c. 33; PG 7: "Sicut Eva inobediens facta, et sibi et universo generi humano causa facta est mortis, sic Maria habens praedestinatum virum, tamen virgo obediens, et sibi et universo generi humano causa facta est salutis". S. Agustín, serm. 15 de temp., in pp. serm. CXXIII, PL 39, 1930: "et quoniam diabolus per serpentem Evae locutus, per Evae aures mundo intulit mortem, Deus per angelum ad Mariam protulit verbum et cunctis saeculis vitam effudit". El sermón citado no es de S. Agustín.

Redentor (131), sino precisamente en su consentimiento a las palabras del ángel. Este consentimiento hace a María la *Cooperadora* verdadera y formal de Cristo en la *Redención* del mundo.

Así lo da a entender el relato evangélico de la Anunciación; él indica claramente que el consentimiento de María es necesario para la Encarnación-Redención, como expusimos arriba; el ángel se lo pide formalmente y ella lo da voluntaria y libremente. Mas esto no quiere decir que la Encarnación del Verbo y su obra redentora dependan del consentimiento de María en tanto grado que, si María no consintiese, no existirían aquéllas. No; el consentimiento de María no es necesario con necesidad absoluta; sólo es necesario por disposición de Dios, quien, por otra parte, sabrá dirigir la voluntad de María, para que consienta infaliblemente, sin forzarla en lo más mínimo.

Por este consentimiento María se coloca junto a Jesús como su *Cooperadora* en la Redención del mundo con cooperación próxima, formal y real; *próxima*, porque su consentimiento es parte de la Redención, obra ya la redención; *formal*, porque lo ha dado voluntaria, libre y espontáneamente y *real*, porque con este consentimiento consiente en todos los dolores y padecimientos, propios y de su Hijo, necesarios para la perfecta Redención del género humano. Todo lo cual ha expresado así Santo Tomás por sus comentaristas: "Era necesario el consentimiento de la Santísima Virgen a la Encarnación del Hijo de Dios, a fin de que la Redención del género humano tuviese su principio en el consentimiento que una mujer daría a la proposición del ángel que venía a saludarla de parte de Dios, así como la ruina de este mismo género

(131) Los ss. Doctores se expresan frecuentemente como si toda la cooperación de la Virgen María a la Redención consistiese en que ella es madre del Redentor, mas esto es porque consideran la cualidad de madre de Dios en su acepción más lata, incluyendo el consentimiento. Pero aun tomando en su sentido estricto la cualidad de madre del Redentor, María tiene derecho y, en algún sentido, ejerce ya cierta *corredención* y aun próxima; su fundamento sería la comunicación de carne y sentimientos que siempre existe entre la madre y el hijo, en especial entre tal madre y tal hijo, por lo cual la madre padece lo que padece el hijo. En este sentido escriben los autores: "Madre del Redentor, de la Víctima de nuestra Redención y, por tanto, madre *corredentora* y complaciente en el sacrificio de su hijo. No pudiendo el Hijo de Dios padecer y morir en su naturaleza divina, había tenido que adoptar un cuerpo, una naturaleza paciente, una aptitud de víctima. Y lo ha hecho en María y por María... Y también María, predestinada al divino ministerio de la misericordia, había recibido anteriormente de El, en cuanto Dios, la naturaleza compasiva que Jesús había de heredar de ella como hombre; de tal suerte que entre María y Jesús existiese la relación de una prodigiosa simpatía de compleción, de temperamento, de costumbres, que hacía del corazón, de las entrañas y de la carne de Jesús, el corazón, las entrañas y la carne de María..."

humano había tenido su principio en el consentimiento que una mujer había dado a la sugestión del ángel tentador" (132).

Como de la mano hemos sido traídos a María, Nueva Eva. Conocemos la parte que tuvo Eva en la Caída; insinuamos la que tuvo María en la Reparación. Mas es aquí en el coloquio con el ángel, donde se presenta María en todo su relieve como la antítesis de Eva: ésta coopera inmediata, moral, eficaz y decisivamente con Adán en la ruina de los hombres y aquélla coopera igualmente, es decir, inmediata, moral, eficaz y decisivamente, con Jesucristo en la salvación de los mismos hombres. Esta era la disposición de la Sabiduría divina: hacer la Reparación a semejanza como se había hecho la Prevaricación y vencer al demonio por los mismos medios, por los que él había vencido, según lo canta la Iglesia (133) y profesa la tradición (134). Luego así como Adán, traspasando el precepto divino, perdió a todo el género humano, así Jesucristo, nuevo Adán, debía, haciéndose obediente hasta la muerte, salvar a todos los hombres. Mas de la misma manera que Eva, por su consejo, cooperó formalmente a la desobediencia de Adán, así María, nueva Eva, debía, por el consentimiento que ella daría al sacrificio de Jesucristo, cooperar formalmente a la Redención que El llevara a cabo. E igualmente que la primera mujer había ido a la prevaricación a consecuencia de la sugestión del ángel rebelde que había venido a ella y la había seducido, así la nueva Eva debía dar el consentimiento necesario para la Redención por la proposición que le hiciera el ángel fiel que venía a ella de parte de Dios y a consecuencia de la creencia que ella daría a las palabras del mensajero celestial. Y, por fin, del mismo modo que el árbol de la ciencia del bien y del mal había servido de instrumento a la prevaricación, así el árbol de la cruz debía servir de instrumento al sacrificio de la Redención" (135).

(132) Santo Tomás, III q. XXX, 1 y 2; cfr. Pierre Jeanjacquot, *Cooperation de la Tres Sainte Vierge a la oeuvre de la Redemption*, Paris, 1889, p. 37-41.

(133) Prefacio de la Cruz.

(134) Lo hemos demostrado en el capítulo primero. A los testimonios de Irineo, Justino y Tertuliano (cfr. las notas 68, 69, 70), podemos añadir los de S. Cirilo de Jerusalén (Catequesis XII, de Cristo Encarnado, XV, PG 19, 742), S. Agustín (de Agone christiano, c. 22, PL 40, 303) y de S. Pedro Crisólogo (Ser. 149, PL 52, 520).

CAPITULO IV

LA PROFECÍA DE LA CORREDENCIÓN

Así llamamos a la profecía que el anciano Simeón pronunció en favor de María con ocasión de la Presentación de su Hijo en el templo, según prescribía la ley de Moisés (136). Su exactitud como su razón de ser aparecerá en el decurso de este capítulo.

San Lucas calla el texto de la bendición a los padres del Niño, pero nos conserva el de las palabras dirigidas al niño y a la madre. Ellas contienen una verdadera profecía, única en el fondo y doble en la forma: la del hijo y la de la madre.

ARTICULO I

SIMEÓN PROFETIZA LA OBRA REDENTORA DE JESÚS

"He aquí que Este ha sido constituido (*keitai*), dice Simeón a María, como caída y resurrección de muchos en Israel y como señal de contradicción, de tal manera que le serán descubiertos los raciocinios de muchos corazones" (137). La frase, aun como la hemos traducido del original griego, es compleja y confusa; su sentido es el siguiente: Jesús será el objeto de contradicción, la señal que dé a conocer o descubra quién está en su favor y quién está en contra, puesto que no se concibe neutralidad respecto a Cristo; de esta actitud depende la doble clase de efecto, pues para los primeros será Cristo causa de salvación—resurrección—y para los segundos causa de perdición—ruina—.

Así queda esbozado el oficio de Jesús. Es de Redención, pues las contradicciones no son otra cosa que los dolores y sufrimientos que padecerá por causa de nuestra salvación; su pasión y muerte en cruz es el fin y culmen de ellas.

Jesús ruina y Jesús resurrección son los dos efectos de la Redención de Jesús. Ciertamente, viene a ser resurrección y salvación para todos; para ninguno debiera ser ruina y condenación. Pero, por desgracia, no será así; la causa de la ruina no es de Jesús, sino de los hombres, de que ellos no se someten a la obediencia de Dios.

(136) Luc. II, 22-25.

(137) Ib., 35-36.

no se aplican por la fe los frutos de la Pasión y Muerte de Jesús; de donde, en vez de aprovecharse de Jesús para su resurrección, le rechazan para su ruina y condenación. No sucede así, sino todo lo contrario, a los que se adhieren con la mente y el corazón a las enseñanzas de Jesús, aplicándose y apropiándose por la fe los méritos de su Pasión y Muerte.

La metáfora "señal de contradicción" confirma lo que vamos diciendo; está tomada del Antiguo Testamento, donde la señal es identificada con la piedra que los constructores retiran o admiten en la edificación (138). Esa piedra es Cristo, como se la aplica él mismo por S. Mateo (139) y se repite en los Hechos de los Apóstoles por S. Pedro (140); ella tiene evidentemente, tanto en el salmo como en Isaías, un sentido de redención.

El salmo lo dice directamente del pueblo judío, el cual, por muy despreciado e inútil que parezca a los gentiles, será el primero y el principal, la piedra angular de reino mesiánico, al que se unirán los mismos gentiles para la perfecta construcción de la Iglesia de Dios según los vaticinios de los profetas (141).

Eso será Jesús: piedra reprobada, pero angular. Es reprobado en todos los momentos de su vida por los judíos, que no cejan hasta darle muerte; mas esta muerte hace de Jesús la piedra angular del edificio de la Iglesia, la unión de los dos pueblos judío y gentil, reunidos en la religión y en la fe cristiana (142).

En Isaías la piedra de tropiezo y de ruina es el mismo Yahvé; se le atribuyen a él los mismos efectos—y por las mismas causas—que notamos en la profecía de Simeón: para los que creen y confían en Yahvé, Yahvé será refugio y protección, mientras para los incrédulos será piedra de tropiezo y ruina. Más adelante el mismo profeta habla de una piedra escogida, angular y preciosa, que es el Mesías (XXVIII, 16). Daniel (II, 45) y Zacarías (III, 9) emplean la misma metáfora de la *piedra* con la misma significación del Mesías.

Profundizando algo más el significado de las palabras del anciano profeta, debemos considerarlas como la respuesta a la Presentación, como la aceptación del ofrecimiento que de sí mismo

(138) Salm. 117, 22; Is., VIII, 14.

(139) Mat. XXI, 44.

(140) Act. IV, 11.

(141) Knabenbauer, ad ps. 117, 22.

hace Jesús. Y Jesús se presenta como víctima, como rescate del mundo; he ahí por qué ahora le da Dios la respuesta de aceptación como víctima y rescate. El profeta de Dios señala a Jesús el camino a seguir en su obra redentora: contradicciones, dolores, sufrimientos, Pasión y muerte. Así la aceptación corresponde a la ofrenda, pues si Jesús se presenta al Padre como víctima, como víctima le acepta el Padre.

ARTICULO II

MARÍA ES ASOCIADA A JESÚS EN LA OBRA REDENTORA

Dolorosa es la vida que aguarda al Hijo en su empresa de redimir al hombre; su madre no puede quedar insensible a ella. Lo hicimos notar arriba, al observar la comunidad de sentimientos y operación entre el hijo y la madre; ahora lo vemos comprobado, pues bien íntimamente afectan a María los dolores de Jesús: "Una espada traspasará tu alma", dice de María la profecía de Simeón.

Así, por la espada (143), se une la Madre con su compasión a la Pasión del Hijo (144); lo confirma la copulativa "et" con la fuerza de que la espada, así como traspasó el alma de Jesús, así traspasará la de María (145).

Madre e Hijo padecerán los mismos dolores, aunque con una diferencia: los padecimientos de Aquella serán más bien morales que corporales: "tu misma *alma*". El alma está designada con énfasis: *tu misma*, "sou de autes", para darnos a entender la grandeza del dolor y la dignidad de la persona que lo padece. Porque María sufre y sus sufrimientos son tan acerbos que llegan hasta traspasar su alma: es el fin y culmen de las contradicciones de Jesús trasladadas a María. Jesús lo encontró en la crucifixión; María lo encontrará en la trasfixión; María será traspasada cuando Jesús

(143) El texto griego menciona la *romfaia*, la espada larga en oposición a la *majaira* que era más corta.

(144) Fillion, *Vie de N. S. Jesus-Christ*, París, 1925, I, pág. 307: "A la passion du Fils correspondra la *compassion* de la mere, dont l'ame sera transpercée jusque dans ses replis les plus profonds par une glaive sans pitie."

(145) Maldonado, ad h. l., *Barcinone*, 1881, VI, p. 70: "Eam vim habere dictionem "et" cum dicit Simeon: et tuam ipsius animam pertransivit gladius, quasi dicat sicut Christi; ita etiam tuam..."; p. 73: "cum enim dicit "et", significat, eundem fore gladium, qui et Christum occisurus et Mariam vulneraturus esset."

sea crucificado (146). El mismo dolor, que crucifica a Jesús, traspasa a María; por los mismos motivos que Jesús es crucificado, es traspasada María. De donde, si para ser Redentor y por ser Redentor, es crucificado Jesús, para ser *Corredentora* y por ser *Corredentora* es traspasada María. De este modo se cumple perfectamente la comunidad de dolores que el anciano Simeón anuncia a Jesús y a María; así María es la perfecta *Asociada* de Jesús en la Redención del hombre: "una espada traspasará tu alma", con la unión de principio: la voluntad salvífica, con la unión de medios: los dolores y padecimientos, y con la unión de fin: la Redención del mundo (147).

En efecto; María, al presentar a Jesús, le presenta como víctima de Redención, y, comprendiendo que en la presentación del hijo debe presentarse la madre, se presenta a sí misma y como víctima de Redención. Por eso, al responder Dios aceptando la ofrenda de María, no es extraño que responda aceptándola como víctima, de la misma manera que respondió aceptando a Jesús como víctima, ya que como víctima había sido ofrecido Jesús; por eso ambas ofertas son encerradas en una sola aceptación: este tu hijo ha de ser en Jerusalén crucificado y muerto; y a ti te sucederá lo mismo. En El será con cuchillo de Pasión y en ti será con cuchillo de Com-Pasión, y la misma espada que hiera al hijo traspasará el alma de la madre (148).

Y esta unión hace a María la *Cooperadora* y la *Coadjutora* nata de Jesús en su obra esencialmente redentora. Si así no fuera, toda la profecía del anciano israelita nos sería ininteligible; con dicha interpretación todo es natural e inteligible. Así es por lo que con razón podemos llamarla "la gran profecía de la Corredención", y a María, la *Corredentora*.

(146) Knabenbauer, *Evang. secundum Luc.*, Parisiis, 1905, p. 140: "uti contradictio adversus Iesum culmen et fastigium attingit in crucifixione, ita anima matris gladio doloris transfixa est dum stabat mater dolorosa iuxta crucem videns filii cruciatus et mortem acerbissimam."

(147) Ilmo. Dr. Isidro Gomá, *El evangelio explicado*, Barcelona, 1930, I, p. 363: "Es éste uno de los pasajes clásicos en que aparece María colaborando con Jesús en la obra de la Redención del mundo: Redentor y Corredentora van juntos en la mente y en los labios del Anciano Simeón."

(148) Maldonado, ad h. l. ed. cit., p. 72: "Non enim duo similes, alter Christi, alter Mariae, sed unus tantum Christi gladius designatur, ipsa ejus mors; atque illè ipse Christi gladius Mariae animam penetraturus dicitur, non quod occisurus eam omnino esset, ut Christum, sed quod Christum occidendo eam esset vulneraturus." *Enchiridion ad h. l. distans...*

Sí; María es *Corredentora*; sus sufrimientos le acreditan el título. María sufre con Cristo, para ser con Cristo la Redentora de los hombres. Dios Padre sabe que los sufrimientos obrarán la redención del género humano; por eso, al declarar con el sufrimiento la misión y destino del Redentor, une a María en el sufrimiento para unirla en la Redención. María, pues, en tanto ha cooperado con Jesús en el misterio de nuestra Redención, en cuanto ha participado y se ha hecho compañera de la Pasión de Jesús. He ahí por qué la Presentación de Jesús constituye para María el título más claro de su *Corredención*, porque con Jesús se presenta María incondicionalmente como víctima y con la sumisión más perfecta posible, según se deduce de la aceptación divina, que abraza en unidad indisoluble a María con Jesús: "una espada traspasará tu alma", es decir, tu Pasión y la Pasión de tu Hijo son aceptadas como propiciación a Dios por los pecados del mundo.

Y para terminar queremos citar, como confirmación de cuanto llevamos dicho y de nuestra interpretación *corredentora* de la profecía de Simeón, algunos testimonios:

San Alberto Magno: "Nam ipsius animam pertransivit gladius. et consors passionis adjutrix facta est redemptionis" (149).

Merkelbach: "Solemniter in templo obtulit Filium suum, ut secundum voluntatem Patris fieret in hostiam pro salute nostra (Luc., II, 22) et dolores libere acceptabit quibus compateretur Salvatore, Simeone vaticinante: tuam ipsius... v. 35, compassionem Mariae celebrant doctores..." (150).

Sedlmayr: "Beata Virgo eatenus cooperata est mysterio redemptionis, quatenus se obtulit sociam Passionis, cum quantum Christus passus est in corpore, ipsa passa est in anima, quod voluit insinuare Simeón, quando Luc., II, 35, dixit: et tuam ipsius animam pertransivit gladius" et passionem suam ipsumque Filium patientem obtulit ad propitiandum pro mundi peccatis..." (151).

CAPITULO V

LA CORREDENCIÓN DE MARÍA JUNTO A LA CRUZ

María es en la Encarnación el altar, donde ofrece Jesús su primer sacrificio; en la Presentación es el sacerdote que ofrece a Jesús-Víctima, y en el Calvario es al mismo tiempo sacerdote-sacrificador y altar sobre el que Jesús ofrece su último sacrificio. Y aquí María, por ser sacrificador, debe tener algo que sacrificar: su misma persona y la de su Hijo; y, por ser altar, en ella deben repercutir todos los gritos de la víctima. He ahí el profundo sentido de la frase de San Juan: "stabat iuxta crucem Iesu mater eius, estaba junto a la cruz de Jesús su madre" (152), cuya explicación vamos a hacer ahora, estudiando: 1) cómo María, junto a la cruz, ofrece a su Hijo en sacrificio; 2) cómo se ofrece a sí misma también en sacrificio; 3) cómo existe la aceptación y confirmación del sacrificio de María, y 4) cómo María, junto a la cruz, es verdaderamente *Corredentora*.

ARTICULO I

MARÍA, JUNTO A LA CRUZ, OFRECE A SU HIJO EN SACRIFICIO

María conoce perfectamente la misión de su Hijo y la suya propia: la de él, padecer la muerte en redención de los hombres, y la suya, unirse a Jesús, *com-padecer* la misma muerte por la misma redención.

Mas ese conocimiento no podía quedar vacío en María; ella lo hace pasar a la intención de realizar su misión con el *fiat* de su consentimiento a ser la Madre del Hijo, cuya vida y razón de ser es la muerte. Y de la intención de realizar su misión pasa María a la realización misma.

María ha realizado su misión en todos los instantes de su vida, porque en todos los instantes de ella ha tenido ante sus ojos el sacrificio de su Hijo; la cruz es únicamente para el Hijo la consumación del sacrificio que principia en el establo; de donde se sigue que, pariéndole María en el establo, le ha parido para la cruz y a la cruz le ha ofrecido. María no ha parido a Jesús para que viviese, sino para que muriese; y le ha amamantado, nutrido, protegido

(149) S. Albert, *Mariale*, q. 29. Bittremieux (De mediatione universali B. M. V. quoad gratias, Brugis, 1926, p. 13) explica con verdadero acierto esta doctrina de S. Alberto.

(150) Merkelbach, o. y e. cit., p. 326.

(151) Sedlmayr, *theol. mariana*, P. 2, q. 8, art. 10, apud Bourassé, *Summa aurea de laudibus B. V. M.*, 1886, tom. 7, col. 1275-1276.

y criado para el único fin con que le ha producido: para el sacrificio.

Por donde se conciben los sentimientos de María junto a la cruz. Ella coofrece con Jesús el mismo sacrificio expiatorio por los mismos pecados a título de Madre y con corazón de Madre (153).

María, por ser la Madre de Jesús, tenía sobre él cierto dominio. Ya no tratamos de su maternidad *material*, sino más bien *moral*; el hijo, por el hecho de su inferioridad ante su madre, no debe hacer nada sin el consentimiento o sin el consejo de ella. Esto sucede entre los hijos bien educados; no podía faltar en Jesús, muy especialmente tratándose de un negocio de tanta trascendencia. De donde María debió oír de los labios de su Hijo el sacrificio que de sí mismo iba a hacer en la cruz por la Redención de los hombres; la Madre lo oyó y consintió en ello. Y este consentimiento es el que hace de María el sacerdote que ofrece a Jesús en la cruz, el sacrificador que sacrifica la Víctima inmaculada en expiación por los pecados del mundo.

Ciertamente, este consentimiento—para ser sacerdote y sacrificador—estaba ya encerrado en aquel otro consentimiento para ser madre del Sacerdote y del Sacrificador por antonomasia, como lo hicimos observar arriba; pero ahora lo renueva y lo hace real y efectivo. María une tan perfectamente su voluntad con la voluntad de Jesús para cumplir la voluntad del Padre, que su voluntad es la voluntad de Jesús: no dos voluntades, sino una sola voluntad; María abdica todos sus derechos maternales sobre Jesús, para que Jesús cumpla la voluntad del Padre; ella está en tal disposición, que, si por un imposible Jesús no se ofreciese en sacrificio, ella misma le ofrecería. Así coopera María junto a la cruz en la Redención de los hombres; su cooperación es real y verdaderamente eficaz, pues ofrece a su Hijo en sacrificio. ¡Estupendo efecto del consentimiento de María, dado en la Anunciación para ser la Madre del Redentor y renovado ahora para ser Sacrificador!

No otro era el plan de la sabiduría divina; éste es la más alta y profunda razón del sacerdocio de María. Dios es quien ha asociado a María con Jesús tan íntimamente, que ha hecho de los dos uno solo con unidad de sentimientos, de intenciones y dolores; y esta unidad ha existido durante todo el curso de la vida de Jesús, pero muy particularmente se ha estrechado en las horas acerbísimas de

(153) Bover, La Maternidad de María, Est. Bíblicos, 1943, p. 645.

la Pasión, cuando Jesús ponía el sello a su duro sacrificio cotidiano (154): Jesús ofrece el sacrificio de su cuerpo, también lo ofrece María; Jesús ofrece sus sentidos, también los ofrece María; Jesús ofrece su voluntad, también la ofrece María; Jesús es el sacrificador se sí mismo, también le sacrifica María. Para esto está María junto a la cruz de Jesús; ése es el profundo significado que da el evangelista a su observación: "Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre" (155).

ARTICULO II

MARÍA, JUNTO A LA CRUZ, SE OFRECE A SÍ MISMA EN SACRIFICIO

María, junto a la cruz, se ofrece a sí misma en redención del género humano. Así es en su intención y en la intención de Dios. Si María sufre lo mismo que Jesús y por los mismos motivos que Jesús, María sufre por la Redención del mundo; María conoce la verdadera razón de los sufrimientos de su Hijo; conoce que su Hijo

(154) El P. Colomer ha expresado en bellas frases esta unidad de Jesús y María; he aquí algunas de ellas: "Estos dos corazones no se disocian jamás en el amor ni en el dolor. La Virgen era el espejo viviente del alma de Jesús. Los sentimientos y los dolores del Hijo se traspasaban con enérgica pujanza e integridad al corazón de su madre. La voz de los afectos de El hallaba siempre eco poderoso en el pecho de la Virgen... Nunca ha habido en el mundo alma más sensible y delicada a las penas de las personas queridas que lo era la Virgen a las de Jesús, ni con más aptitudes ni con más sutil finura de sentimientos para meterse en las intimidades del corazón a quien se ve pensar... Lo que de los dolores decimos, vale también para las intenciones, sentimientos y disposiciones de Jesús. El amor de la Virgen quería y necesitaba hacerlo todo suyo. ¿Acaso no era todo suyo todo lo de Jesús a título de Asociada?... La Virgen no es ni puede ser extraña al sacrificio de su Hijo" (La Virgen María, Barcelona, 1935, p. 144-148).

(155) Se pudiera objetar que el verbo "stare, istemi" significa sencillamente "estar de pie", dicho no solamente de María, sino del grupo de mujeres. Está bien, pero la liturgia de los SS. Padres y los exegetas se lo aplican de una manera especial a María y en el sentido que propugnamos Dolorosa... stans iuxta crucem Domini Iesu Filii tui Redemptoris... stabat sancta Maria iuxta crucem... stabat Mater dolorosa, iuxta crucem lacrymosa, dum pendeat Filius (misa del viernes de dolores), "gladium appellat affectum Dominicae passionis in cruce, qui Mariae animam pertransivit: quia non sine acerbo dolore potuit crucifixum morientemque videre (Bed. hom. XV in purificatione B. M., PL. 94, 81). S. Cirilo recuerda aquí la profecía de Siméon como el lugar de su cumplimiento (in Ioan. evang. lib. XII, LG ed. Parisiense, 1859, tom. 33, 827). "La mère du Christ subissait alors toutes les angoisses que le vieillard Siméon lui avait prédites trente-trois ans auparavant; mais elle oubliait ses propres douleurs pour ne penser qu'à celles de son Fils. Jésus lui-même ressentait et partageait les souffrances intimes qui transperçaient l'âme de Marie comme un glaive acéré (Fillion, vie de N.-S. J.-Ch., Paris, 1925, III, p. 492). "Anima matris gladio doloris transfixa est, dum stabat mater dolorosa iuxta crucem videns filii cruciatus et mortem acerbissimam (Knabenbauer, in Luc. II, 35). "He aquí lo que a nosotros se nos ofrece como resultado sumario de la lectura de Padres e intérpretes... 3.º) siempre, pero mucho más al tiempo de la pasión y al pie de la Cruz, ofreció al Padre Eterno el sacrificio de su Hijo (Murillo, S. Juan, Barcelona, 1908, p. 522). "Filius ipsa suum obtulit iustitiae divinae, cum eo commortens corde (León XIII, 8 de sept. 1880)".

muere por redimir al hombre. De donde María, al sufrir, no puede menos de sufrir por redimir al hombre, de dirigir sus propios dolores a la Redención del mundo, de unir sus propios padecimientos a los padecimientos de Jesús para obtener la redención del género humano. Pensar lo contrario sería desconocer totalmente a María, el corazón de la madre y de la Madre María, pues ver una madre padecer a su hijo y no unirse a sus padecimientos, ver a María que padece su Hijo y no hacerse solidaria de El en los padecimientos y en las intenciones de los padecimientos, es absurdo, es completamente inconcebible (156).

Una sola dificultad podría salirnos al paso de este raciocinio, a saber: si Dios ha destinado los sufrimientos de María para la Redención del mundo. Ciertamente que sí; las fuentes de la Revelación examinadas nos dan esa respuesta afirmativa y categórica; el *fiat* de la Anunciación es el *fiat* de Redención que el ángel le había propuesto; la *espada* de la profecía de Simeón es una espada de Redención, que ahora traspasa el alma de María; el *stabat iuxta* cruce *Iesu* de S. Juan es el *stabat* del sacerdote y víctima de Redención. De otro modo, esto es, si los sufrimientos de María no van destinados por Dios para la redención del género humano, se destruye la letra y el espíritu del texto sagrado, así como la Asociación entre María y Jesús que del texto se deriva. María, pues, junto a la cruz, *com-padece* con Jesús por la Redención del hombre.

Esta Com-Pasión de María reviste formalidades análogas a la Pasión de Jesús, cuyo sentido desentrañan los teólogos. A nosotros nos basta ahora con recordar de nuevo que la Sagrada Escritura muestra a María, desde le Encarnación hasta el Calvario, cooperando con Jesucristo en la Redención del mundo, corredimiendo al hombre con el sacrificio de su Hijo y el suyo propio, con sus propios dolores y sufrimientos.

ARTICULO III

LA ACEPTACIÓN Y CONFIRMACIÓN DEL SACRIFICIO DE MARÍA
JUNTO A LA CRUZ

El Padre Eterno acepta el sacrificio que de Jesús hace María, y con la aceptación del sacrificio de Jesús acepta también el sacrificio que de sí misma le ofrece María. Jesús mismo nos habla de esta aceptación del Padre; sus palabras son solemnes y de importancia; van dirigidas a María y a Juan, pero bajo el título de *mujer* y *discípulo*: "Habiendo mirado Jesús a su madre y al discípulo que él amaba, el cual estaba allí, dice a su *madre*: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*. Después dice al discípulo: *Ahí tienes a tu madre*" (157).

El texto nos presenta en toda su claridad la maternidad de adopción particular de María sobre Juan: María es constituida madre de Juan y Juan es llamado a ser hijo de María: "He aquí tu hijo... He aquí tu madre". La tradición eclesiástica confiesa unánime y universalmente esta verdad (158).

Pero ¿no encierran las palabras de Jesús otra más profunda maternidad? ¿La maternidad espiritual de María sobre todos los hombres? Nos parece que sí; el texto y contexto de la perícopa declaran abiertamente la constitución o proclamación de María por madre del género humano.

No se trata de la sola y exclusiva maternidad de María sobre Juan. El texto quedaría insuficientemente explicado si le pretendiésemos explicar por solas aquellas relaciones de filiación adoptiva de Juan con María, pues ni Juan era el discípulo más capaz de cuidar de María, ni para cuidar de María necesitaba ser investido de la relación de hijo. Por otra parte, la maternidad no iba a dirigirse a cuidar materialmente de Juan; mas si iba dirigida a cuidar es-

(157) Juan, XIX, 26-27.

(158) Casi todos los escritores hasta el siglo XII hablan sólo de la maternidad particular sobre Juan (J. Crisóstomo, in Ioannem hom. 85, 2 PG 32, 462; S. Agust., in Ioan. evang. tract. 119, 2-3, PL 35, 950-951; Beda, in Ioan. evang. expositio, XIX, PL 92, 913-914; Alcuino, Comm. in Ioan., XIX, PL 100, 984); pero también es admitida la maternidad espiritual de María (al hablar de nuestra regeneración por María, como lo hacen S. Irineo y Orígenes. El primero escribe: "... quoniam Verbum caro erit et Filius Dei filius hominis purus pure puram accipiens vulvam, eam *quae regenerat homines* in Deum (Contr. Haer. lib. IV, c. 33, n. 11, PG 5, 978); el segundo dice así, aludiendo al pasaje de S. Juan: "adeo talem tantum-que necesse est, qui Ioannes alius sit futurus, ut quemadmodum Ioannes itidem etiam et iste a Iesu Iesus... *cumque in ipso vivat Christus, dicitur de eo Mariae: ecce filius tuus Christus*",

(156) S. Alberto M. de natura boni: "Passionem enim quam Filius in corpore pertulit, intus in anima sustinuit Mater, dum in cruciatu corporis Filii maternus affectus contorquebatur", cfr. Lor. de S. Rich., de laudibus B. Mariae, lib. I, c. 15.

piritualmente de él, a terminar la formación empezada por Jesús. entonces no se comprende por qué ese cuidado y esa formación debían ser exclusivas de Juan y no extenderse a los demás discípulos; y, en la persona de éstos, a todos los hombres. Con ese cuidado y con esa formación sí que cuadran bien a María y a Juan el título y la realidad de madre e hijo.

Las circunstancias que rodean el mensaje de Jesús nos persuaden decisivamente la maternidad universal de María. Está encuadrado entre hechos sublimes y universales: los que le preceden son la colocación del título sobre la cruz en tres lenguas y la repartición de sus vestidos; los que le siguen, las palabras de Jesús, "*sitio y consumatum est*". El título sobre la cruz indica la realeza de Jesús Redentor: "*Jesús Nazareno, Rey de los judíos*" (159), y al escribirlo en tres lenguas nos da a entender que Jesús no sólo es Rey de los judíos, sino también Rey de las naciones, Rey universal; la repartición de los vestidos es una confirmación de la mesianidad de Jesús, ya que David dijo del Mesías la repartición de los vestidos: "Repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica" (160), cuyo cumplimiento en Jesús hace notar el evangelista: "Con lo cual se cumplió la Escritura, que dice: Partieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica" (161).

La primera palabra de Jesús, que sigue al mensaje que comentamos, es *Sitio, tengo sed* (162); es la sed de la redención y salvación de todos los hombres. La segunda "*consumatum est, todo está cumplido*" (163) es el cumplimiento de todas las profecías mesiánicas, entre las cuales la principal es la Redención del género humano, la consumación de la liberación del imperio de Satán.

La misma actitud en que se nos presenta Jesús al hablar a su Madre y a su discípulo, es sublime y trascendental, indicadora de la universalidad de sus palabras; está clavado en cruz, como pontífice universal y como la víctima expiatoria de todos los pecados de todo el mundo (164).

De donde es muy natural que el mensaje de Jesús tenga el mismo carácter de universalidad. El mismo texto lo manifiesta; Jesús,

(159) Juan, XIX, 19.

(160) Salm. XIX, 19.

(161) Juan, XIX, 24.

(162) Juan, XIX, 28.

(163) Ib., 30.

(164) Lepicier, tractatus de B. V. Mariae, Romae, 1926, p. 371.

al hablar a María, la designa con el título de *mujer*, y al hablar a Juan no le da título alguno, sino le dice simplemente: "Ahí tienes a tu madre"; el evangelista mismo se llama "discípulo": "después dice al discípulo" (165), como para significar que la relación no es entre María y Juan, sino entre *mujer* y *discípulo*, relación no particular, sino universal, de la misma manera que universales son los términos de *mujer* y de *discípulo*. La mujer que debe ser identificada con la mujer del Protoevangelio y del Apocalipsis, que es la madre de todos los vivientes. ¡Maravillosa confirmación de María, Nueva-Eva! (166). Esta, Eva, madre de los vivientes por el cuerpo; aquélla, María, madre de los vivientes por el alma. Y estos vivientes son Juan; Juan es el símbolo o representación de todos los hombres.

Y nada nos puede extrañar este carácter simbólico de Juan; está en perfecta consonancia con el carácter general del cuarto evangelio: el simbolismo. Todas sus narraciones reconocen ese sentido profundo; bajo la corteza del hecho material se descubre el meollo de la verdad espiritual. Si habla a la Samaritana del agua del pozo de Jacob, y después, a los discípulos, del alimento corporal y de la mies de los campos, es para pasar a otra agua y a otro alimento y a otra mies de orden superior, a saber: la gracia, el cumplimiento de la voluntad del Padre y la salvación de los hombres. Si obra la multiplicación de los panes es porque esa multiplicación representa otra multiplicación de otro pan: el pan de la Eucaristía. Está ante el agua de Silóe y habla a las turbas de su simbolismo, el Espíritu Santo; ve el candelero del templo y expone que El es la luz del mundo, resucita a Lázaro, para presentarse como la resurrección y la vida. Y así en todos los hechos de Jesús, hasta el punto de poder sacar como ley de su Evangelio: todo hecho sensible indica su correspondiente hecho suprasensible. Luego el mensaje de Jesús sobre la cruz debe entenderse en sentido espiritual y universal: María es la Madre de todos los hombres, cuya representación tenía San Juan.

Jesús proclama a María Madre de los hombres, y la proclama en el momento en que María ofrecía al Padre el doble sacrificio: el propio y el de su Hijo. De donde deducimos que si Jesús proclama

(165) El teólogo de Vega, escribe así: "ideo non eum nomine compellat proprio sed generali voce discipulum vocat, quia ut discipulus filius est Mariae: unde ad quemlibet, qui se Christi discipulum vocat."

madre a María, María es verdaderamente madre; y la verdadera madre es la que engendra de su sustancia al hijo, la que le da la vida: si madre carnal, le engendrará de su carne para ser carne, le dará una vida carnal y si madre espiritual le engendrará de su espíritu para ser espíritu, le dará una vida espiritual. María es nuestra madre espiritual, luego nos engendra al espíritu, nos da una vida espiritual. Mas, siendo el principio de la vida espiritual la gracia, María nos da la gracia al darnos la vida espiritual. Y, siendo la gracia el efecto de la Redención, si María nos da la gracia, es porque nos ha redimido. He ahí cómo la maternidad espiritual de María es la consecuencia de su cooperación en la Redención, y cómo confirmando Jesús a María en la maternidad espiritual sobre todos los hombres, la confirma en su cooperación en la Redención, que es lo mismo que aceptar el ofrecimiento del sacrificio que de sí misma y de su divino Hijo hace al Padre en Redención del género humano. Esta confirmación y aceptación vienen a María en el momento mismo que Jesús redime al mundo: luego es en este momento en que María se sacrifica a sí misma y a su Hijo, que es el modo directo e inmediato de cooperar María con Jesús en el mismo acto redentivo, ofreciendo al Padre lo que Jesús le ofrece y por los mismos motivos por los que Jesús lo ofrece; de donde el Padre, al aceptar y tener que aceptar el sacrificio de Jesús, acepta y tiene que aceptar el sacrificio de María. Y la respuesta de la aceptación está en las palabras de Jesús por las que proclama a su madre la madre de todos los hombres, dado que su maternidad es efecto y consecuencia de su *Corredención* (167).

El caso de Jesús confirma la verdad de la última proposición; Jesús es Padre del género humano porque es su Redentor; su redención es la causa de la gracia, que da a los hombres la vida del espíritu; luego, del mismo modo, en el caso de María; María es madre de los hombres porque es su *Corredentora*. De donde Jesús, proclamando a María madre del género humano, la proclama su *Corredentora*.

He ahí la conclusión que sacamos del simple estudio del men-

(167) Al examinar nuestro trabajo, nos llegaba el n. octubre-diciembre de Estudios Bíblicos (1942), en el que leíamos con fruición las frases del P. Bover: "Como María con su generoso asentimiento cooperó a la concepción mística de los hombres y a su primera incorporación "en Cristo Jesús", así ahora al pie de la Cruz cooperó con su Compasión maternal a su espiritual renacimiento. Bajo diferentes aspectos puede decirse que María es Madre porque es *Corredentora* y que es *Corredentora* porque es Madre".

saje de Jesús a María y a Juan; los teólogos podrían darnos un estudio más profundo de él, investigando el valor soteriológico de la maternidad espiritual de María con la explicación de estos dos puntos: 1) Cómo semejante maternidad dice relación moralmente inmediata con el acto redentivo. 2) Cómo María tiene conciencia y voluntad de este valor corredentivo de su maternidad espiritual.

Ya el P. Bover ha empezado a estudiar estos dos puntos al indicarnos la manera de estudiarlos y enfocarlos (168).

ARTICULO IV

MARÍA, JUNTO A LA CRUZ, ES VERDADERAMENTE CORREDENTORA

Es la conclusión de nuestro estudio de María junto a la cruz; si María, junto a la cruz, está asociada íntimamente y en todo a Jesús puesto en cruz, así como Jesús en cruz es Redentor, así María junto a la cruz es *Corredentora*. Lo hemos mostrado por el texto evangélico; ahora podríamos traer algunos testimonios de Padres, doctores y escritores de la Iglesia, de Romanos Pontífices, Cardenales y Obispos, en confirmación de la interpretación dada del mensaje de Jesús; pero ello queda reservado para los ponentes que me sucederán.

Nada, pues, nos queda sino concluir diciendo que María, de pie junto a la cruz, ofreciendo a su Hijo Jesús y a sí misma en sacrificio por la Redención del género humano, hacía el oficio de *Corredentora*; y como *Corredentora* recibía por hijo a Juan, y en la persona de Juan a todos los hombres que habían de creer en Jesús.

(168) Bover, Los grandes problemas de la Corredención mariana, Est. Ecles., 16 (1942).